José Antonio Ramos Sucre

Las formas del fuego

Dr. P. M. A.

Caracas
Tipografía Americana
1929

José Antonio Ramos Sucre

Las formas del fuego

Dr. P. M. A.

Caracas
Tipografía Americana
1929

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS-VENEZUELA

Las Ruinas

Sentía bajo mis pies la molicie del musgo de color de herrumbre, aficionado a la humedad. Proliferaba sobre el tejado y en la rotura de las paredes y de las ménsulas.

Sobre la maciza escalinata había corrido un tropel de caballos alados y de zueco de hierro, a la voz de un héroe imberbe, lisonjeado por la victoria. Hería con una maza ligera y usual como un cetro, de cabeza redonda y armada de puntas metálicas.

Yo visitaba, después de un decenio, el palacio de techo hundido. La lluvia, descolgada perpetuamente a raudales, había desnudado, de su delgado tapiz de tierra, la roca de granito situada a los pies y delante del edificio. Su acceso había llegado a ser una cuesta difícil.

Yo me incliné delante de la imagen de un santo, aposentada en su vetusta hornacina, orlada de parietarias, y bajé a perderme en una senda de robles. Desde sus ramas bajaban hasta el suelo de arena los sarmientos péndulos de una flora adventicia.

Yo seguí por ese camino, solo y sin deponer la espada, y vine a sentarme, ansioso de meditar y de leer, en un poyo de piedra, ceñido al pie de un árbol imprevisto.

Sus hojas amarillas y de un revés grisáceo vibraban al unísono del mar indolente y una de ellas, volando al azar, rozó mi cabeza y vino a llenar de fragancia las páginas de mi libro de Amadís.

El Rito

Me habían traído hasta allí con los ojos vendados. Llamas sinuosas corrían sobre el piso del santuario en ciertos momentos de la noche sepulcral, subían las columnas y embellecían la flor exquisita del acanto.

Las cariátides de rostro sereno, sostenían en la mano balanzas emblemáticas y lámparas extintas.

Me propongo dedicar un recuerdo a mi compañero de aquellos días de soledad. Era amable y prudente y juntaba los dones más estimados de la naturaleza. Aplazaba constantemente la respuesta de mis preguntas ansiosas. Yo le llevaba algunos años.

El murió a manos de una turba delirante enemiga de su piedad. Me había dejado en la ignorancia de su origen y de sus servicios.

Yo estuve cerca de abandonarme a la desesperación. Recuperé el sosiego invocando su nombre, durante una semana, a la orilla del mar y en presencia del sol agónico.

Yo retenía un puñado de sus cenizas en la mano izquierda y lo llamaba tres veces consecutivas.

La Isla de las Madréporas

Los salvajes miran una mueca en el rostro de la luna. Se llenan de susto e imputan al ogro nocturno alguna ofensa infligida al astro maligna nte.

Sintieron durante el sueño sus pisadas rotundas. Debia de apoyar en ese momento su talla desemejable sobre un asta arrancada del bosque.

El más gallardo de los mozos se dispone a salir en demanda de la ballena. Los compañeros celebran sus hazañas de cazador, su impavidez en el escalamiento de las montañas y traen su genealogia del buitre carnicero.

Un lamento del bosque desaconsejaba la empresa del joven caudillo y sonó más fuertemente al salir en su nave de velamen de esparto.

Los compañeros lo seguian cabizbajos y se equivocaban a menudo en la maniobra.

El joven cazador, esperanza de una sociedad natural, divisa un pez deleznable y lo persigue apasionadamente. Los compañeros se quejan de la caza infructuosa y proponen el retorno.

El joven caudillo pierde el dominio de si mismo y solicita derechamente su ruina. Se enreda en la soga del arpón y lo dispara consumiendo el esfuerzo de su brazo.

El pez herido lo arrastra al abismo de las aguas y un torbellino de gaviotas señala, dias enteros, el paraje del suceso.

Acíbar

Yo lo trasladé sobre mis hombros a la fosa nocturna, al abismo de la naturaleza mecánica, a reposar de su dolor inclemente.

El crepúsculo simulaba el día de un pasado originario en donde nacieron, del aire y de la tierra, las formas de la vida inmarcesible.

Una flor de corola de seda, presea de su último baile, sucumbe en un vaso de cristal de figura esbelta. Reflejaba las vicisitudes de la enfermedad y el estrago de la fiebre solapada.

Adopté, en consecuencia de su muerte, una severidad lacónica y suprimía celosamente el desahogo del pesar continuo.

Yo estaba sentado, cerca de la media noche, delante de una mesa artística, en una taberna de lujo. Bebía cerveza en un jarro de pino de Alemania.

Un importuno me recordó la suerte del extinto y puso delante de mis ojos la ruina y lasitud de su prometida.

Hube de soltar en ese momento la pesadumbre sojuzgada. La imagen de su amada infeliz sacó de mi ser un sollozo recóndito y mi cabeza cayó pesadamente sobre el mármol de la mesa de ébano.

El Talismán

Vivía solo en el aposento guarnecido de una serie de espejos mágicos. Ensayaba, antes de la entrevista con algún enemigo, una sonrisa falsa.

Había exterminado las hijas de los pobres, raptándolas y perdiéndolas desdeñosamente. Alberto Durero lo descubrió una noche en solicitud de una incauta. El galán se había provisto de un farol de ronda para atisbar a mansalva y volvió a su vivienda después de un rodeo infructuoso y sobre un caballo macilento. El artista dibujó, el día siguiente, la imagen del caballero en el acto de regresar a su guarida. Lo convirtió en un espectro cabalgante y le sustituyó el farol de ronda por un reloj de arena.

El caballero habita una casa desprevenida de guardianes, sumida en la sombra desde la puesta del sol. No se cuenta de ningún asalto concertado por sus malquerientes.

Se abandona sin zozobra al sueño inerme. Fía su seguridad al efluvio de una redoma fosforescente, en donde guarda una criatura humana, el prodigio mayor del laboratorio de Fausto.

El Mandarín

Yo había perdido la gracia del emperador de China.

No podía dirigirme a los ciudadanos sin advertirles de modo explícito mi degradación.

Un rival me acusó de haberme sustraído a la visita de mis padres cuando pulsaron el timpano colocado a la puerta de mi audiencia.

Mis criados me negaron a los dos ancianos, ceducos y desdentados, y los despidieron a palos.

Yo me prosterné a los pies del emperador cuando bajaba a su jardín por la escalera de granito. Recuperé el favor comparando su rostro al de la luna.

Me confió el debelamiento y el gobierno de un distrito lejano, en donde habían sobrevenido desórdenes. Aproveché la ocasión de probar mi fidelidad.

La miseria había soliviantado los nativos. Agonizaban de hambre en compañía de sus perros furiosos. Las mujeres abandonaban sus criaturas a unos cerdos horripilantes. No era posible roturar el suelo sin provocar la salida y la difusión de miasmas pestilenciales. Aquellos seres lloraban en el nacimiento de un hijo y ahorraban escrupulosamente para comprarse un ataúd.

Yo restablecí la paz descabezando a los hombres y vendiendo sus cráneos para amuletos. Mis soldados cortaron después las manos de las mujeres.

El emperador me honró con su visita, me subió algunos grados en su privanza y me prometió la perdición de mis émulos.

Sonrió dichosamente al mirar los brazos de las mujeres convertidos en bastones.

Las hijas de mis rivales salieron a mendigar por los caminos.

El Castigo

El visionario me enseñaba la numeración valiéndose de un árbol de hojas incalculables. Paso a iniciarme en las figuras y volúmenes señalándome el ejemplo del cristal y la proporcion guardada entre las piezas de una flor. Descubria en el cuerpo más oscuro un átomo de la luz insinuante.

El visionario desaparecía al caer la tarde en un esquife de cabida superficial. Creaba la ilusión de zozobrar en una lejanía ambigua, en medio de un tumulto de olas. Yo miraba flotar las reliquias de su veste y de su corona de ciprés.

Volvía el dia siguiente a escondidas de mí, usando el mismo vestido solemne de un sacerdote hebreo, conforme el ritual de Moisés.

Comentaba en ese momento el pasaje de un rollo de pergamino, escrito sin vocales. La portada mostraba la imagen del licaón, el lobo del Africa. Terminaba citando el nombre de los profetas vengativos y soltaba a la faz de la mañana un himno grandioso donde se agotaba el torrente de su voz.

Dejé de verlo cuando se puso al habla temerariamente, a través del espacio libre, con un astro magnético.

La rotonda, en donde se habia acogido, vino súbitamente al suelo, rodeada de llamas soberbias.

El Emigrado

Quede solo con mi hijo cuando la plaga mortífera hubo devastado la capital del reino venido a menos. El no había pasado de la infancia y me ocupaba el día y la noche.

Yo concebí y ejecuté el proyecto de avecindarme en otra ciudad, más internada y en salvo. Tomé al niño en brazos y atravesé la sabana inficionada por los efluvios de la marisma.

Debía pasar un pequeño río. Me vi forzado a disputar el vado a un hombre de estatura aventajada, cabellos rojos y dientes largos. Su faz de claraba la desesperación.

Yo lo compadecí a pesar de su actitud impertinente y de su discurso injurioso.

Pude alojarme en una casa deshabitada largo tiempo y acomodé al niño en una cámara de tapices y alfombras. El padecía una fiebre lenta y delirios manifestados en gritos.

El mismo hombre importuno vino a ofrecerme, después de una noche de angustia, el remedio de mi hijo. Lo ofrecía a un precio exorbitante, burlándose interiormente de mis recursos exiguos. Me vi en el caso de despedirlo y de maldecirlo.

Pasé ese día y el siguiente sin socorro alguno.

Yo velaba cerca del alba, en la noche hostil, cuando sentí, en la puerta de la calle, una serie de aldabonazos vehementes.

Me asomé por la ventana y sólo vi la calle anegada en sombras.

Mi hijo moría en aquel momento.

El hombre de carácter cetrino había sido el autor del ruido.

Spleen

El viajero inglés era la imagen del remordimiento. Se había separado de los hombres y los relaba a cara descubierta. Recorría con paso autorilario el esquife de un pescador cipriota, en la vecindad de una costa árida, frecuentada de cabros.

El pescador gemía disuadiendo del peligro al magnate presuntuoso, de gesto de pirata.

El inglés se proponía mirar de cerca la muchedumbre de los infieles, juntada para el exterminio de la civilización. Acampaban en donde antes crecía el viñedo y el olivar. El humo tortuoso de una fogata se criaba en el vestíbulo de un antro, reliquia venerada por los escolares de las naciones cultas, y seguía a infectar el aire enérgico del mar. Aquel humo vedaba la lumbre del sol y significaba un puñado de tierra lanzado al disco divino.

Un militar croata, desertor de la fe de sus mayores y contento de los extremos de una vida equívoca, dirige la artillería de los infieles y deshace el esquife en el segundo tiro.

El pescador, alcanzado en el hombro, no pudo intentar un esfuerzo y se convenció de la verdad de su temor. Las olas bulliciosas llevaban y traían, una hora después, su cadáver anémico y liviano.

El inglés volvió al real de sus compañeros y se ofreció de nuevo para el servicio de escampavía.

Se comparaba a un nadador mitológico e insistía en la veracidad de los aedas.

El Guía

Sucumbíamos de sed en el territorio cálido. Un aliento de fuego se levantaba del arenal reverberante, ceñidor de un lago salado.

Uno de los nuestros arrojó una piedra dentro de un pozo de betún y provocó un incendio y sucesivos estampidos.

Nosotros buscábamos el domicilio de la raza veraz de los iranios, bajo la dirección de un guía indiferente.

Debíamos subir una montuña caliza y hospedarnos en una ciudad de hombres corredores del monte, destruida por los terremotos.

Los caballos morían de comer un ajenjo rastrero o de la ponzoña de los escorpiones.

No vimos en aquel trayecto señales de habitación, sino las reliquias de pabellones de campaña y de otras viviendas efímeras. El paraje calizo y monótono había enfermado de tedio, veinte años antes, una colonia de desterrados.

Los cazadores aguerridos de la ciudad aislada en la zona volcánica, se abstuvieron de molestarnos. Vestían pantalones anchos, recogidos inferiormente en unas polainas, y mostraban en la cintura un arsenal inquietante.

Vivían en el presente, limitando, estoicos o mezquinos, las necesidades. El humor bravío y el juicio rudimentario sugerían el temperamento de las aves de presa.

El guía taciturno, enemigo del júbilo, se retiró de nosotros advirtiendo el fin de la jornada.

Escuchamos inmediatamente la bienvenida en el canto de los ruiseñores de Firdusi.

El Real de los Cartagineses

Los enemigos nos atacaban a mansalva, desde sus montes y derrocaderos. Las peñas de aquel lugar simulaban monolitos y columnas e igualaban, cuando menos, la estatura de un hombre.

Los cirujanos, imperturbables ante el lamento de los heridos, trabajaban día y noche extrayendo las flechas más insidiosas, provistas de uñas laterales en forma de anzuelo.

Uno de aquellos hombres bajó, en el secreto de la noche, hasta el pabellón de nuestro caudillo y le dió muerte sin provocar sospecha ni alarma. Nosotros admirábamos un sueño tan prolongado.

Capturamos al invasor cuando escapaba a su satisfacción, dejando muy atrás la raya de nuestro campo. Resistió, sin exhalar una queja, los suplicios más esmerados. No se inmutó cuando el verdugo, asistente de los cirujanos, le cercenó las manos y le soldó las arterias aplicando un hierro candente.

Los próceres del ejército se juntaron en senado venerable para escoger el nuevo caudillo. Uno de ellos optaba por el nombramiento de un jefe despreocupado y listo, capaz de remediar los ahogos del soldado. Veía en la juventud la garantía de la victoria y se esforzó hasta sacarme preferido.

Yo era el más joven de los capitanes.

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

Farándula

El drama empieza con el altercado entre un joven impetuoso y un cortesano de edad marchita. La controversia es transferida a la presencia del rey y cae bajo su arbitrio.

El progenitor del joven iracundo ha perecido, años antes, en una celada nocturna. Salía de un baile espléndido y retaba a sus enemigos dejando tras de sí y a larga distancia el séquito de sus pajes cabalgantes y portadores de antorchas. El se adelantaba al encuentro de la muerte, cuando sus secuaces le componían una teoría nupcial, conforme la usanza helénica.

El rumor del pueblo acusó al palaciego más cauto y ambicioso, recrudeció el encono del huérfano y lo habilitó para el arresto marcial.

El rey despide a los disidentes y los aleja a reinos dispares, vedándoles la reconciliación antes de un lapso marcado.

El joven caballero ha trabado una conversación casual con la hija del politico y se dedica a seguir sus pasos y a contentar sus caprichos y pensamientos. De ese modo se frustra el veto del monarca y el avenimiento ocurre en la Ciudad de Maestros Cantores.

El joven y el ministro destituido confieren sobre las sucesivas perfidias del rey y esclarecen el homicidio del magnate arrogante, adelantado locamente a los suyos en la noche del festival célebre.

Los avenidos vuelven triunfantes del destierro al acontecer la súbita muerte del rey. La voz del pueblo insiste en haber sido sofocado por sus camareros.

Las bodas del joven impetuoso con la hija del antiguo familiar del soberano se verifican en la sala del baile deplorado.

La Amada

La hermosa vela y defiende mi vida desde un templo orbicular, rotonda de siete columnas.

Su voz imperiosa desciende, por mi causa, a las modulaciones del canto.

Salí confortado de su presencia, llevando, por su mandamiento, una rama de cedro.

Descendí por una vereda montuosa hasta la orilla del mar, donde se balanzaba mi esquife.

El cántico seguía sonando, ascendente y magnífico. Paralizaba el curso de la naturaleza. Me alentó a salvar la zona de la borrasca.

El sol permaneció, horas enteras, asomado sobre la raya del horizonte.

La Noche

Yo estaba perdido en un mundo inefable. Un bardo inglés me había referido las visiones y los sueños de Endimión, señalándome su desaparecimiento de entre los hombres y su partida a una lejanía feliz.

Yo no alcanzaba la suerte del pastor heleno. Recorría el camino esbozado en medio de una selva, hacia el conjunto de unas rocas horizontales, simulacro distante de una vivienda. Desde la espesura, amenazaban y rugían las alimañas usadas por los magos de otro tiempo en ministerios perniciosos.

Un escarabajo fosforescente se colgó de mis hombros. Yo había distinguido su imagen sobre la tapa de un féretro, en la primera sala de un panteón cegado.

La luna mostraba la faz compasiva y llorosa de Cordelia y yo gobernaba mis pasos conforme su viaje erróneo.

Salí a la costa de un mar intransitable y fui invitado y agasajado por una raza de pescadores meditabundos. Suspendían las redes sobre los matojos de un litoral austero y vivían al aire libre, embelesados por una luz cárdena difundida en la atmósfera. Hollaban un suelo de granito, el más viejo de la tierra.

La Sala de los Muebles de Laca

La hetaira colocó sus pies encima de un escabel de marfil y comenzó a pulsar un laud de veinte cuerdas dobles. Alteraba a voluntad la longitud de esas cuerdas por medio de unos trastes móviles.

Se inquietaba por la suerte de un pintor de ánades, perdido en la muchedumbre de Cantón o en sus garitos. Los jugadores desleales habían minado con paciencia de topos el suelo de los suburbios.

La hetaira se encontraba sojuzgada por una aspirante al amor del ausente. Imploraba en vano el socorro de una imagen de yeso, armada de un cetro de mandarín y agorera de la felicidad.

La rival conseguía retener al prófugo en el sitio de mayor peligro, en el estrado de los fumadores de opio. El se distinguía para ese momento entre los alucinados y furiosos.

La rival perspicaz se felicitaba de haber sumido al pintor en la desdicha. Anunciaba el éxito final de su maniobra al quemar en el fuego, sin producir ceniza, una piedra de virtud fecunda.

La Plaga

Mi compañero, inspirado de una curiosidad equívoca y de una simpatía vehemente por los seres abatidos y reprobos, andaba de brazo con una joven extraviada.

Intentó disuadirlo de semejante compañía, alegando el porte censurable de la mujer, afeciada por la memoria de un hermano vesánico, autor de su propia muerte.

Nos separamos una noche memorable. Las fortunas se hacían y deshacían en el garito de mayor estruendo. Los reverberos derramaban una luz clorótica y aguzaban la fisonomía de los tahures. La angustia electrizaba el aire del recinto y reprimía el aplauso y la risa de las mujeres livianas.

Una muchedumbre de insectos alados, cayó, el día siguiente, sobre la ciudad y difundió una peste contagiosa. Sus larvas se domiciliaban en los cabellos de los hombres y desde allí penetraban a devorar el encéfalo, socorridas de un mecanismo agudo. Arrojaban de sí mismas un estuche fibroso para defenderse de alguna loción medicinal. Herían, de modo irreparable, los resortes del pensamiento y de la voluntad. Los infectados corrían por las calles dando alaridos.

Mi compañero se resistió a mi consejo de huir y vino a perecer, sin noticia de nadie, en su vivienda del suburbio.

Los naturales del reino se abstenían de pisar el contorno de la ciudad precita. Los agentes del orden asentados en lugares oportunos, impedían la visita de los rateros y circunscribían la zona del mal.

Yo arrostré la prohibición y conseguí descubrir la suerte de mi amigo.

Abrí, después de algún forcejo, la puerta de su casa y lo vi tendido en el suelo, mostrando haberse revolcado.

Unas arañas, de ojos fosforescentes y de patas blandas y trémulas, saltaban ágilmente sobre su cadáver. La nueva ralea había despoblado la ciudad, corriendo en pos de los supervivientes.

El Retórico

Una lámpara de arcilla, usada por los romanos, perfila una figura de sombra en la pared. El discípulo de los alejandrinos combate la victoria del cristianismo, afeando la sandez y la ignorancia de sus fundadores y eclipsando la austeridad de los feligreses por medio de una sobriedad elegante y recatada. Escribe disertaciones para contrastar la fábula necia de los hijos del desierto con el mito juvenil de los helenos. Observa en torno de sí una humanidad inferior, empecinada en el seguimiento de una doctrina basta y absurda y se da cuenta de haberse extinguido la clase privilegiada del senador y del oficiante. Mira en la conspiración universal, dirigida al exterminio del júbilo y a la ruina de la belleza, el retorno y el establecimiento definitivo de los antiguos fantasmas del caos y de la nada y se arroja en brazos de la desesperación. Acaba de saber el sacrificio de Hipatia en un desorden popular, animado contra la fama y la existencia de la mujer selecta por la envidia de unos monjes cerriles, y decide refugiarse y perecer de hambre en el santuario de las Musas.

La Venganza de Viviana

Yo permanezco de pies en presencia de la señora. He imaginado, para su belleza de icono, la estola bizantina y la corona de esmeraldas y berilos.

El traje de luto mejora su tez de jasmín. He visto, durante mi correría por España, la flor primorosa de los infieles.

La señora está sentada en una silla de roble y mira, por la ventana, el bosque maligno. Los soldados de César temieron atravesarlo, según escribe un monje elocuente.

El señor desapareció en la primera mañana de su viaje y el caballo volvió solo, dando señales de pesadumbre.

El cierzo arroja sobre las almenas un cuervo fugitivo.

La señora ordena guarecerlo y prohíbe su caza a los arqueros.

El Nómade

Yo pertenecía a una casta de hombres impíos. La yerba de nuestros caballos vegetaba en el sitio de extintas aldeas, igualadas con el suelo. Habíamos esterilizado un territorio fluvial y gozábamos llevando el terror al palacio de los reyes vestidos de faldas, entretenidos en juegos sedentarios de previsión y de cálculo.

Yo me había apartado a descansar, lejos de los míos, en el escombro de una vivienda de recreo, disimulada en un vergel.

Un aldeano me trajo pérfidamente el vino más espirituoso, originado de una palma.

Sentí una embriaguez hilarante y ejecuté, riendo y vociferando, los actos más audaces del funámbulo.

Un peregrino, de rostro consumido, acertó a pasar delante de mí. Dijo su nombre entre balbuceos de miedo. Significaba Ornamento de Doctrina en su idioma litúrgico.

La poquedad del anciano acabó de sacarme de mí mismo. Lo tomé en brazos y lo sumergí repetidas veces en un río cubierto de limo. La sucedumbre se colgaba a los sencillos lienzos de su veste. Lo traté de ese modo hasta su último aliento.

Devolvía por la boca una corriente de lodo.

Recuperé el discernimiento al escuchar su amenaza proferida en el extremo de la agonía.

Me anunciaba, para muy temprano, la venganza de su ídolo de bronce.

La Entrevista

La hermosa descansa a sus anchas en la butaca y la llena con su persona y con las cintas y volantes de su traje suntuoso.

Miro a sus espaldas el campo de yerba alegre y su término en el monte de zafir.

La dama trashumante refiere los percances de la vida mundana, suplicio de la inteligencia susceptible. Reproduce el gesto del sinsabor y se ensimisma a ratos, guardando una pausa lenitiva.

La majestad de su belleza aumenta en el paraje de reposo diuturno, alivio de una alma descontenta. El raudal mitiga una rotura de la sierra y suma, en un remanso, la atmósfera severa del paisaje.

La hermosa perfecciona el hechizo de su rostro de marfil, desatando los cabellos renegridos, en donde se pierde una espiga humilde.

Teme las zozobras del aire, avisadas por los disones y preludios del arpa del otoño, y emprende el camino de su vivienda.

Asume el porte y el paso de una divinidad telúrica, anunciada por un largo trueno de címbalos.

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

Fragmento Apócrifo de Pausanias

Teseo persiguió el ejército de las amazonas, cautivó su reina y la sedujo. La tropa de las mujeres huyó sobre el Bosforo congelado, montada en caballos de alzada soberbia. Una de ellas murió en el sitio de su nombre, donde los atenienses la recuerdan y la honran. Las fugitivas volvieron a perderse en la estepa de su nacimiento, socorridas de la brumazón.

Un autor anónimo refiere las valentías del hijo de Teseo y de la amazona cautiva. Se atrevió a solicitar el amor de la sacerdotisa de un culto severo, dedicado a una divinidad telúrica, reverenciada y temida por los esclavos asiáticos.

El joven licencioso contrajo una rara enfermedad de la mente y vagaba delirando por la ciudad y su campiña, amenazando con volverse lobo.

Teseo escucha el parecer de viajeros memoriosos, habituados a la nave y a la caravana, y manda por un médico hasta el valle del Nilo.

El sabio se presentó al cabo de un mes y consiguió sanar al mozo delirante por medio de la palabra y envolviéndolo en el humo de una resina [illegible]

Teseo fiaba en la medicina de los egipcios y los tenía por el pueblo más sano y longevo de la tierra.

El médico dejó, en memoria de su paso, una efigie de su persona. Yo la he visto entre los simulacros y ensayos de un arte rudimentario.

La figura del egipcio, de cráneo desnudo, mostraba la actitud paciente y ensimismada de un escriba de su nación.

El Cómplice

Yo temía la presencia de la castellana. Recelaba de su moral austera y de su orgullo indiferente.

Había despedido varios galanes de humor salvaje, de rudeza castrense. Desdeñaban la mesura del ademán y el acierto del discurso.

Se había retraído de la sociedad, adoptando una vida igual, insípida. Conseguía, a un mismo tiempo, la satisfacción del pundonor y el restablecimiento de la hacienda.

Me prefería entre sus domésticos y familiares. Había ganado su aprecio atendiéndola celosamente y sin precipitación. Me retiraba de su presencia después de contestarle en términos estrictos.

Me citó una vez para contarme su resentimiento de un clerizonte bigardo, criado con bellotas, y captó mi voluntad para el propósito de su venganza.

Lo invitamos a una partida de caza y yo mismo le escogí, en la caballeriza de mi señora, un caballo taimado, lleno de resabios.

Los tres salimos por una avenida al campo llano, en presencia del alba.

La castellana me recordó el grito convenido.

El bruto desleal despidió por delante su jinete, después de ejecutar una serie de saltos vehementes.

Yo me acerqué al rostro inanimado y aconsejé el regreso, dando por fructuosa la jornada,

La primavera había tejido flores modestas, durante la noche, en el paño del verdegal.

Mito

El rey sabe de los motines y asonadas provocados por los descontentos en torno de la misma capital. Recibe a cada paso un mensajero de semblante mustio. Se traba un diálogo sobresaltado en torno de una noticia ambigua.

El soberano imagina la devastación de una zona feraz y el exterminio de sus labradores. Una tribu cerril se ha aprovechado de la confusión del reino y lo ha invadido en carros armados de hoces. Unas brujas desvergonzadas, consejeras de los caudillos montaraces, vociferan sus vaticinios en medio de los residuos negros de las hogueras. A través del aire calentado se distingue un sol rojo, de país cálido.

Los hombres de la tribu cerril trasportan unas tiendas de cuero sobre el lomo de sus perros desfigurados, ávidos de sangre, y se establecen con sus mujeres, a sus anchas y cómodas, en cavernas practicadas en el suelo. Reservan las tiendas para sus jefes.

El rey consulta en vano el remedio del estado con los capitanes antiguos, de barba pontifical y de elocución breve.

El príncipe, su hijo, sobreviene a interrumpir el consejo, en donde reina un silencio molesto. Inventa los medios saludables y los recomienda en un discurso fácil. Posee la idea virtual y el verbo redentor. Acaba de salir de la compañía de los atolondrados.

Los veteranos se retiran ceremoniosos y esperanzados y se sujetan a sus órdenes. La presencia del joven suprime las fluctuaciones de la victoria y neutraliza el ardid de los rebeldes.

El héroe ha salido al peligro con la asistencia de una muchedumbre entusiasmada.

El día de su regreso, las mujeres hermosas entonan, desde la azotea de los palacios de la capital, un himno de antigüedad secular en alabanza del arco iris.

El Desagravio

He presenciado la cabalgata dirigida a un reino meridional, bajo el mando de una dama risueña. Vi la imitación de la primavera y de su escolta bizarra.

Cada señor iba a pie delante del palafrén de su elegida, llevándolo del diestro, y escuchaba de su compañera algún relato gracejoso o galante. Ahuyentaban de ese modo la melancolía, siguiendo la consigna impuesta para el trayecto por la soberana del cortejo.

Yo me había retirado a un yermo, en donde simulaba el cumplimiento de una penitencia asignada por la señora de mi devoción, descontenta de mis maneras excéntricas.

Las del cortejo oyeron entre risas el cuento de mi falta y decidieron llevarme consigo, esperanzadas de alcanzar mi absolución.

Yo me junté a la compañía de los proceres y adopté su alegría desvariada, montado sobre un asno recalcitrante.

Caí de rodillas delante de mi señora, mientras las damas la persuadían en coro bullicioso. La más bella de todas adaptaba entretanto a mi cabeza una coroza de papel.

La dama de mis pensamientos me alzó de la humillación, alargándome la diestra.

El Extravío

He seguido los pasos de una mujer pensativa. Me sedujeron los ojos negros y la extraña blancura de la tez.

Una enfermedad me había desinteresado de la vida.

Recorrí una serie de calles desempedradas y sumidas en la oscuridad. Yo me abandonaba al peligro de una manera indolente.

He llegado hasta el suburbio de su vivienda. La luna me fascinaba imperiosamente.

He presenciado el desfile y la reunión de unas figuras ambiguas. Todas mostraban el rostro de la mujer pensativa y me rodearon, formando un coro de amenazas y de lamentos.

Volví a la plaza principal de la ciudad, apoyado en el brazo de un sereno.

Visité, no obstante la hora avanzada, la sala en donde se me aceptaba de buen grado. Las ventanas dejaban salir a la calle una luz profusa.

Me incorporé, sin decir palabra, a la tertulia de los abates incrédulos.

El Convite

Thais era una cortesana de la antigüedad. Su nombre constaba en la obra perdida de Menandro. El tiempo respetaba su juventud y yo no he encontrado en los residuos de la era clásica ninguna señal de su muerte.

He leído una hazaña de su perfidia en un documento reconstituido. Si yo no revelara a los hombres ese episodio, faltaría a los consejos de la moral de Plutarco.

Thais atrajo sus amantes a una celada, después de reconciliarlos mutuamente. Se acomodaron en unas curules de marfil, dignas de un senado de reyes. La mujer los dejó maravillados y suspensos con la bizarría de su imaginación y les ciñó una corona de adormideras, mientras arrojaba al fuego un laurel seco. Ese laurel había bastado para defender la vida de un héroe en la empresa de visitar los infiernos.

Los invitados quedaron embelesados y perdidos en la incertidumbre.

Thais había abolido su entendimiento y les había inspirado la ilusión de estar siempre en medio de los preludios del alba. Oían a veces un himno desvanecido en la bruma cándida. Lo entonaban unas jóvenes coronadas de jacintos.

Las arpías y las quimeras tejían un vuelo circular y bajaban a colgarse de los brazos de un árbol insociable.

El Idolo

La hermosa amenazó con el ceño al fijarse en mi negativa a uno de sus caprichos. Volví de mi decisión añadiendo los agasajos de la condescendencia y del afecto. Yo temía acelerar el desenvolvimiento de sus dolores.

Sucumbió esa misma noche en la crisis de un delirio. Narraba una vez más, en términos apasionados, las cuitas de su niñez y de su adolescencia. Yo amanecí a los pies de su cama de roble.

Recorro sin descanso los aposentos de mi casa antigua, recatada en la esquivez de una sierra. Sólo perdura el techo de una torre vigilante.

Rehuso volver al mundo y menosprecio las invitaciones de mis amigos. Deseo reconstituir la situación de ánimo de aquel día nefasto y el ademán estéril de juntar con mi pecho su cabeza inerte.

El Retrato

Yo trazaba en la pared la figura de los animales decorativos y fabulosos, inspirándome en un libro de caballería y en las estampas de un artista samurai.

Un biombo, originario del Extremo Oriente, ostentaba la imagen de la grulla posada sobre la tortuga.

El biombo y un ramo de flores azules me habían sido regalados en la casa de las cortesanas, alhajada de muebles de laca. Mi favorita se colgaba afectuosamente de mi brazo, diciéndome palabras mimosas en su idioma infranqueable. Se había pintado, con un pincel diminuto, unas cejas delgadas y largas, por donde resaltaba la tersura de nieve de su epidermis. Me mostró en ese momento un estilete guardado entre su cabellera y destinado para su muerte voluntaria en la víspera de la vejez. Sus compañeras reposaban sobre unos tapices y se referían alternativamente consejas y presagios, diciéndose cautivas de la fatalidad. Fumaban en pipas de plata y de porcelana o pulsaban el laúd con ademán indiferente.

Yo sigo pintando las fieras mitológicas y paso repentinamente a dibujar los rasgos de una máscara sollozante. La fisonomía de la cortesana inolvidable, tal como debió de ser el día de su sacrificio, aparece gradualmente por obra de mi pincel involuntario.

Los Gallos de la Noche de Elsinor

La bruma del canal subía a envolver los jardines lacios. Los faroles, de vidrios húmedos, arrojaban durante el día una luz fatua, de alquimia.

La joven macilenta había cautivado mi atención al asomarse por la ventana con el propósito de descubrir la hora en el reloj de la plaza. El tiempo y la intemperie habían mancillado la esfera y oscurecido el número romano, más propio de una lápida.

Hablábamos a escondidas de sus padres y guardianes. Se presentaba fielmente a averiguar por la ventana la misma hora en el reloj decrépito y la enunciaba escrupulosamente con su cauda de minutos y segundos.

Prometió acompañarme en la vida, huyendo conmigo, a favor del conticinio, sobre la grupa de mi caballo.

Le facilité la salida a la calle, despedazando los barrotes arcaicos de la ventana. Apareció envuelta en el lienzo plañidero de Euridice.

Mi caballo nos arrebató en una carrera ciega, me lanzó por tierra y me arrastró un largo espacio del suelo. Un pie se me había prendido en la correa del estribo.

Dejó el galope y volvió a su mansedumbre natural, cuando el pregón de los gallos despidió de mi compañía el vano simulacro de la mujer.

El Desesperado

Yo regaba de lágrimas la almohada en el secreto de la noche. Distinguía los rumores perdidos en la oscuridad firme.

Había caído, un mes antes, herido de muerte en un lance comprometido.

La mujer idolatrada rehusaba aliviar, con su presencia, los dolores inhumanos.

Decidí levantarme del lecho, para concluir de una vez la vida intolerable y me dirigí a la ventana de recios balaustres, alzada vertiginosamente sobre un terreno fragoso.

Esperaba mirar, en la crisis de la agonía, el destello de la mañana sobre la cúspide serena del monte.

Provoqué el rompimiento de las suturas al esforzar el paso vacilante y desfallecí cuando sobrevino el súbito raudal de sangre.

Volví en mi acuerdo por efecto de la diligencia de los criados.

He sentido el estupor y la felicidad de la muerte. Un aura deliciosa, viajera de otros mundos, solazaba mi frente e invitaba al canto los cisnes del alba.

Micenas

He llegado hasta el pórtico después de recorrer una avenida de estatuas. El escultor las había concebido y erigido para memoria de calamidades y portentos. Había escuchado las voces informes y entrecortadas de Casandra.

Avancé resueltamente por las galerías obstruidas sin encontrar el vestigio de un ser humano. Me inclinaba a recoger del pavimento las antorchas pisadas, emblemas de la muerte.

Yo ignoraba los peligros inherentes a la visita de aquel lugar. Mis compañeros habían guardado silencio cuando les interrogué de manera apremiante. Fijaban en el suelo una mirada preocupada.

El agua llovediza había manchado las paredes fluyendo desde las roturas del techo. Unos escudos, semejantes a los colgados, para ornamento, en las proas de las naves, se habían roto al caer en el suelo.

He entrado sin darme cuenta en la cámara de reputación más lúgubre. Dudé haber llegado al término de mi vida.

Un dragón se había acostado a sus anchas delante de un disco lúcido.

Yo volví precipitadamente sobre mis pasos y hallé en torno de las ruinas la hueste de mis familiares solícitos.

He cavilado, a través de los años y en medio del ansia y del temor, sobre mi salvación inesperada.

Me adhiero, de vez en cuando, a una conjetura sensata.

El dragón se había fascinado a sí mismo viéndose en un espejo de metal.

El Alivio

Yo había crecido bajo la encomienda de mi hermano mayor.

Jamás salí de casa a divertirme con los niños de mi edad en la plaza vecina.

Las ventanas del contorno permanecían cerradas y ninguna doncella se asomaba a mirar el parque silencioso. Las ramas de los árboles centenarios bajaban hasta el suelo, relajadas por el agua. Yo recordaba los sauces fluviales en donde suspendían el salterio, un día de nostalgia, los hijos de Sion.

Los niños se enfermaban de trajinar y corretear sobre la yerba infecta. Sus voces circulaban apenas en el aire torpe.

Yo ignoraba las tradiciones de mi familia y cómo se había extinguido en mi casa infausta. Quedé sumido en la incertidumbre después de la muerte de mi hermano. El vivía hosco y taciturno, perdido en el vicio del alcohol, y no se permitía conmigo ninguna efusión. Se vestía de paños raídos y de color negro. Era, a un mismo tiempo, sombrío y bondadoso.

Entró de la calle y se encerró, para morir, en la sala donde acostumbraba reservarse. Me dejó un papel sobre la tapa de un piano inválido.

Concebí un dolor íntimo y sin desahogo y pasaba horas continuas de la noche descifrando su expresión incoherente a la luz de un farol de la plaza, cercado por un halo de humedad.

El empeño de calar su pensamiento y el recuerdo de su generosidad llegaron a desecarme y me inspiraron el deseo de seguirlo.

Sentí, por vez primera, el afecto a la vida cuando se deshizo en mis manos la carta pulverulenta.

Reloj de Príncipes

El rey depuesto se hospeda en el palacio del amenazado con la misma suerte. Recuerdan y comentan, ancianos aureolados, las vicisitudes de sus respectivas carreras. Pasean el andén oreado por el río.

Las aguas, nacidas de un manantial invisible, esconden la margen frontera.

Un espía secuaz los interrumpe. Muestra la apariencia de un criado provisto del flabelo. Llega con el pretexto de ahuyentar una avispa.

Los sacerdotes atisban al soberano reluctante, aficionado a la amenidad y a la tolerancia de una civilización colmada. Mantienen amistad con tribus aguerridas, llanas a la insinuación, adaptadas al precipicio y al matorral de su vivienda alpestre.

Los adeptos monteses aprecian el ejercicio de las armas sobre el refinamiento y la holganza.

Rodean la ciudad y la asaltan por donde un centinela bajó desde su puesto a la campiña, en solicitud de un amor veuado.

Columnas de humo rápido nacen de los incendios diseminados y los pregonan.

Los reyes presencian, resignados, el término de una era exhausta.

La Bruja

El caballo descendió de la colina de forma piramidal y se internó por las calles de la ciudad abandonada. Era de color blanco y de crines abundantes. Se detenía para escuchar con aire contristado un rumor nacido en las entrañas de la tierra.

Emprendía a veces un trote marcial. El ramo de una zarza espinosa reprimía el torbellino de su cabellera.

Unas aves de voracidad insaciable, procedentes del desierto, habían acampado sobre los edificios y avisoraban la caza menor. Resistían los embates de la lluvia y del vendaval retrayendo y comprimiendo el plumaje, hasta conseguir el aspecto de una lanza o de un buso. Habían motivado el hambre y la fuga de una tribu de gitanos, previniéndola en el consumo del erizo, del topo y de la musaraña.

Yo seguí los pasos del caballo y me perdí con él en una pradera de heno, dividida por un río. Veía siempre delante de mí y sobre la raya del horizonte unas cabañas de figura cónica. Sus habitantes, de temperamento apacible, vivían en la miseria y se nutrían del pescado crudo y en descomposición. Sufrían los desmanes de una cáfila de bandoleros, desertados de un presidio distante y afeados por la mutilación de la nariz y de las orejas.

Los moradores de las cabañas se prosternaban delante de una bruja despótica. Me condujeron a su vivienda, semejante a un establo.

La había compadecido y respetado cuando la vi, siendo pequeño, en la orilla de un bosque de pinos. Se ocupaba de juntar reviejos para defenderse del frío insalubre. La ayudé espontaneamente en su tarea.

Había agradecido mi auxilio y velaba de día y de noche en mi resguardo. El caballo blanco había sido su emisario y me había traído hasta su presencia, a ocultas de los facinerosos.

El Sopor

No puedo mover la cabeza amodorrada y vacía. El malestar ha disipado el entendimiento. Soy una piedra del paisaje estéril.

El fantasma de entrecejo imperioso vino en el secreto de la sombra y asentó sobre mi frente su mano glacial. A su lado se esbozaba un mastín negro.

He sentido, en su presencia y durante la noche, el continuo fragor de un trueno. El estampido hería la raíz del mundo.

La mañana me sobrecogió lejos de mi casa y bajo el ascendiente de la visión letárgica.

El sol dora mis cabellos y empieza a suscitar mis pensamientos informes.

Caído sobre el rostro, yo represento el simulacro de un adalid abatido sobre su espada rota, en una guerra antigua.

Ancestral

El sol, después de mediar su viaje, introduce por la vidriera un rayo oblicuo. No se da otra señal del curso del día.

La vidriera espesa y triple defiende del ruido exterior la sala de los caballeros. Los postigos permanecen cuidadosamente cerrados y uno solo de ellos permite la infiltración del rayo oblicuo de sol. Los muebles arrimados a la pared, asoman entre la penumbra. Intentan acaso arrojar de sí mismos el velo de polvo de los siglos.

La araña de los cuentos, sensible al ritmo de la flauta de un prisionero, se arroja hasta el suelo, fiada en sus hilos y segura del equilibrio. La araña ha contribuido su tela para los guantes de las personas reales y ha urdido el velo de la Virgen en la siesta del verano.

Huecos y hornacinas interrumpen a cada paso el muro. Allí se esconde, tal vez, algún guerrero pérfido y desmandado.

Uno de mis abuelos usaba un yelmo de airón de llamas. Lo había recibido de un mago, según declaró en el delirio de una pasión infernal. Ese yelmo imperecedero quedó sobre la tierra al ser raptada Proserpina.

Ese mismo abuelo ocupa mi pensamiento. Preside con gesto impío una tragedia memorable y la impulsa a su desenlace.

Cerca de la mesa de nogal subsiste el sillón de Córdoba acostumbrado por su consorte. La forzó a tomar un tósigo.

El portero de esta mansión dejó entrar una vez, a esta misma hora de quietud y bochorno, una mujer de ánimo resuelto. Vestía un traje de moda histórica y su faz, de belleza ilustre, descubría las señales del llanto y de la cólera. Ocupó el sillón de Córdoba y se desvaneció en el aire sin dejar memoria de su visita.

Había penetrado sin esperar mi licencia. Es inútil oponerle cerrojos y trabas.

He dejado la sala de los caballeros en el mismo orden de aquel momento.

Nadie puede entrar allí antes de su vuelta.

El Asedio

La amada se presentó en el balcón, después de escuchar la contraseña.

La mañana despeja su faz jubilante, retirando el estupor del sueño, y convierte las gotas de agua, pendientes de su cabellera, en una viva guirnalda de campánulas.

El anciano reprueba los amores de su hija y vela sus pasos. Conserva la malicia de la mocedad, cuando espiaba, desde la orquesta, las diversiones de la corte en los jardines disciplinados por el arte.

Debe la seguridad de sus días extremos a la merced de un magnate eclesiástico. Vive cerca de los murmullos del campo, notando las quimeras de la distancia, las veleidades del aire y de la luz. Conjura del seno de instrumentos sensibles, a zozobrar y a morir, ligeras armonías.

Amonesta a su hija contra los rodeos y asaltos de un galán, cazador insinuante. Es un oficial de maneras libres y de nacimiento privilegiado.

El anciano presencia una vez más el fracaso de su autoridad.

La niña ejecuta al piano el aria del ruiseñor enamorado, pasaje de una música de antaño, de inspiración pastoral.

La Heroína

El cazador ha conseguido burlarse a la suspicacia de los combatientes.

Sale de una ciudad asentada en la llanura, sobre las dos márgenes opulentas de un mismo río, fiada en sus torres y en las ventajas de su comercio de joyas y tapices. Las mujeres lucen estofas versicolores y ostentan la imagen del arco de la luna en sus tiaras cilíndricas.

El cazador solicita, para su amada, las noticias del curso de la guerra. Electra ha visto al más generoso entre los adalides troyanos. Héctor viajaba en compañía de su esposa y seguía asiduamente su litera, impuesta sobre los hombros de contentos palanquines. El héroe montaba un caballo negro, de la casta de los infernales, presente de un numen pálido, opresor de las sombras nostálgicas.

El cazador trajo una vez el informe del asalto de la ciudad y refirió la matanza de sus jóvenes, cuando yacían inermes en el abandono del [illegible].

El incendio suelta, semanas enteras y a larga distancia, sus pavesas tiznosas.

Electra no se consoló jamás de la caída de Troya.

El Riesgo

Las orquídeas se erinhan en medio de la fiebre, encima de unos árboles revestidos de parásitos y roídos de hormigas. El sol multiplicaba los recursos del suelo húmedo y alentaba una vegetación ilesa, escondite de animales pérfidos. Yo distinguía entre la oscuridad del matorral los ojos fosforescentes de las fieras.

Yo menospreció el peligro y subí resueltamente las gradas de una pirámide rota, disimulada entre la selva.

Un águila, enemiga de las sabandijas y dragones terrestres, se había posado sobre una máscara de granito, de proporciones descompasadas y de ojos huecos, destituidos de párpados. Recordaba la mirada obvia y directa de ciertos monstruos de la naturaleza. La máscara de granito, embellecida con algunos atavíos, habría igualado exactamente la imagen de una princesa del tiempo de los Faraones, rodeada de admiradores lunáticos en un museo de Europa.

La presencia del águila bastaba a disipar el maleficio difundido por aquella reliquia de una idolatría sanguinaria y frustraba la amenaza de las fieras consagradas.

Un viejo de aquella redonda se había empeñado en velar por el éxito de mi exploración y me había prometido el auxilio de su volátil gentilicio.

El Hidalgo

He salido a cabalgar fuera de la ciudad, al principio de una tarde plácida. El campo muestra los colores ambiguos y fragiles de un [illegible]pejismo.

Reconstituyo el pasaje de una guerra lastimosa, donde se agotó mi juventud. Salí sin escolta, lejos de una fortaleza amenazada, a la campaña rasa, en medio del asombro de mis compañeros de armas. El recuerdo orgulloso compensa ahora el sentimiento de los años pretéritos.

Ejecuté la hazaña al otro día de una ocasión memorable. El más fraternal de los camaradas me había conducido a la presencia de su prometida. Correspondí a la urbanidad de la mujer lozana permaneciendo mudo y con los ojos bajos. Me retiré fingiendo una súbita ausencia de la atención y de la memoria.

Decido terminar el paseo vespertino y volver al refugio de mi casa, a componer, según mi costumbre, la viva y alucinante representación de esa entrevista, donde empieza la agonía de mi alma impar. Las vislumbres del relámpago marcan la franja de la noche recién iniciada del mes de agosto. Yo pienso en los signos de fuego, presagios del infortunio, descifrados por un visionario en la sala de un rey maldito.

Regreso por la calle modesta y sin lumbre, donde he escogido mi morada. Conduzco la cabalgadura al sitio de su reposo y me encierro en la sala defendida por las puertas viejas y resonantes.

Yo padezco, sumergido en la sombra, la ceguedad de una estatua de mármol y su tristeza in[illegible].

Cenit

La virgen ahuyenta unas aves largas, acostumbradas a retozar en el pantano, afines, conforme el talle, del canuto de vida acuática.

La caravana de las nubes cándidas sufre de sed en el desierto radiante.

El esclavo sube el agua de un pozo vacío y refresca el pie de un granado. Aprovecha el ministerio de una polea, ejecutando movimientos iguales, mecánicos.

El espejismo oscila en el arenal, lámina desnuda, al trasluz de una evaporación viva.

Un lago oleoso interrumpe el suelo de betún.

La virgen permanece en la azotea, de donde corrió los pájaros desvaídos. Registra, de una sola mirada, la redonda.

Canta o grita en idioma venerable, con voz firme, avezada a la distancia.

Festeja la gloria del fuego elemental.

El Remordimiento

El gentil hombre pinta a la acuarela una imagen de la mujer entrevista. La vio en el secreto de su parque, aderezada para salir a caza, en medio de una cuadrilla de monteros armados de venablos.

El gentil hombre imprime la visión fugaz, marca la figura delgada y transparente.

Los caballos salieron a galope, ajando la hierba de la pradera lustrada por la lluvia. El gentil hombre se incorporó a la cabalgata, de donde toma la escena para el arte de su afición.

Recuerda las peripecias y los casos de la partida y, sobre todo, la muerte de su rival, precipitado dentro de un foso inédito en el curso de la carrera.

El gentil hombre fué inhábil para salvar la vida del jinete y llega hasta considerarse culpable. Abandona el pincel y se cubre con las manos el rostro demudado por las sugestiones de una mente sombría.

La Verdad

La golondrina conoce el calendario, divide el año por el consejo de una sabiduría innata. Puede prescindir del aviso de la luna variable.

Según la ciencia natural, la belleza de la golondrina es el ordenamiento de su organismo para el vuelo, una proporción entre el medio y el fin, entre el método y el resultado, una idea socrática.

La golondrina salva continentes en un día de viaje y ha conocido desde antaño la medida del orbe terrestre, anticipándose a los dragones infalibles del mito.

Un astrónomo desvariado cavilaba en su isla de pinos y roquedos, presente de un rey, sobre los anillos de Saturno y otras maravillas del espacio y sobre el espíritu elemental del fuego, el fósforo inquieto. Un prejuicio teológico le había inspirado el pensamiento de situar en el ruedo del sol el destierro de las almas condenadas.

Recuperó el sentimiento humano de la realidad en medio de una primavera tibia. Las golondrinas habituadas a rodear los monumentos de un reino difunto, erigidos conforme una aritmética primordial, subieron hasta el clima riguroso y dijeron al oído del sabio la solución del enigma del universo, el secreto de la esfinge impúdica.

El Presidiario

La aldea en donde pasé mi infancia no llegaba a crecer y a convertirse en ciudad. Las casas de piedra defendían difícilmente de la temperatura glacial. Habían sido trabajadas conforme un solo modelo desusado.

Durante el breve estío dejaba a mi padre en su retiro habitual y salía fuera de poblado a correr tras de unos ánades holgados en la pradera. Yo esperaba alcanzarlos en su fuga a ras del suelo. Mis vecinos indolentes no se ocupaban de perseguirlos.

No podía intentar otro medio de cazar las aves sino el de apresarlas con la mano. Yo carecía de arco y de honda y las piedras no se daban en aquel distrito.

Mi padre vino a morir de una fiebre exigua y tenaz. Se había visto en el caso de beber el agua de las ciénagas. Su organismo se redujo a la voz cavernosa y a los ojos brillantes. Proveyó hasta el último aliento a mi invalidez de niño.

Habría perecido de inanición si no me socorre un militar destinado a guarnecer un pueblo más ameno, asentado en una rada espaciosa. Me tomó de la mano el día del entierro y me llevó consigo. Los murmuradores me llamaban el hijo del deportado.

Yo crecí a la sombra del militar caritativo. Se violentaba al verme desidioso y pusilánime. Yo me resistí a seguirlo cuando le retiraron el nombramiento y lo pasaron a un puerto del Mar Negro. La pesadumbre le impedía hablar cuando me abrazó por última vez.

Caí desde ese momento en la mendicidad. Los consejos de un perdulario me alentaron al delito y me trajeron al presidio. Dedico las horas usuales del día a trasportar unas piedras graves de alzar hasta el hombro.

El consejero de mi infortunio me visita en el curso de la noche inmóvil, cuando yazgo sobre el suelo de mi celda. Me fascina de un modo perentorio con los sones de su flauta originada de la tibia de un ahorcado.

La Sombra de la Hija del Faraón

La visión mostraba los rasgos vehementes de un ser vivo. Una jauría sañuda se dibujaba en el secreto nocturno y salía a devorarla. Sobre el piso quedaban reliquias sangrientas y los canes encarnizados dejaban el sitio a unas aves de ojos de rubí. Los canes de ese linaje han desaparecido del mundo habitado y sus descendientes, enemigos de los hombres, se han escondido en las recodos y vértices de unos montes, semejanza fugaz de almenas y torres feudales. Un ave, de vuelo constante y silencioso, única en su género, les sirve de atalaya y los previene con su voz aguda.

Mis ojos se abrieron a la aurora cuando mi cabeza ardiente se desvió de su acomodo, en el despedazado plinto.

Yo había pasado la noche entre las columnas de un pórtico y bajo la encomienda de una hoguera. Yo seguía y censuraba en aquel momento los itinerarios fabulosos de los griegos. Una suerte maligna me dirigía siempre a los residuos de algún palacio de Cambises, el rey sacrílego, en donde se alojaban felinos insaciables.

Yo conseguía aposentarme después de una cacería audaz. Las fieras abatidas y heridas de muerte reproducían la escena de un bajo relieve exceptuado de las ruinas, inspirado o dibujado por el cruel ingenio asirio.

Merry England

El moribundo se incorpora sobre la almohada. El son de su amenaza queda suspendido en el aire. Los familiares inquietos se miran unos a otros, interrogándose con el gesto. El abad manifestaba en la crisis de la agonía su carácter intolerante. Yo comparaba su ademán tiránico y su discurso terrenal con el porte dócil de Falstaff en el mismo trance. Una hostelera me había contado en términos compasivos el fallecimiento del aturdido.

Los familiares del abad impaciente me habilitaron para el rompimiento de una perplejidad y dejaron en mis manos el hilo magistral de un enredo célebre entre los políticos de esa fecha, ennoblecido más tarde por la fantasía de los dramáticos. Los familiares imputaban la muerte del abad al desvanecimiento de sus proyectos culpables. Quería la pérdida de su rey en el momento de nacer una guerra con el francés y había alentado el enojo de varios nobles injustos.

Unos calaveras vislumbraron la conspiración en el diálogo de unos caballeros disolutos y corrieron a ponerla en noticia de Falstaff. Le deparaban de ese modo la oportunidad de volver, en sus días extremos, a la gracia del rey, enemistado con su bufonada grandilocuente.

El rey agradeció el afecto de sus parciales y confesó la ventaja de haberse allanado, cuando mozo turbulento, a la compañía de los haraganes.

La Ilusión

Decidí vencer la resistencia de aquel oficial disidente e imponerle mi trato y conversación. Incurría a menudo en una cólera súbita y pueril. Había rehusado, bajo el hierro de los cirujanos, el alivio de los anestésicos. Profesaba una religión de parsimonia y dolor.

Lidiábamos día y noche con el japonés sinuoso. Los rusos continuábamos en el campo y seguíamos la batalla, impidiendo su conversión en derrota. Un icono, de troquel bizantino y de rigidez enfática y molesta, animaba el sacrificio de los héroes transidos.

Yo solicité la compañía del oficial venático en un reposo de la lucha, aplicado a la supresión de los muertos. Admirábamos la virtud del fuego en disipar las reliquias humanas. El vino a mencionar, después de un largo rodeo, su indiferencia al peligro y su repulsa de las mercedes de la vida.

Supe el motivo peregrino de su originalidad. Había visitado, en cumplimiento de una misión, la zona del Cáucaso y saludado las cimas y desfiladeros con el cántico impetuoso de Lermontov. Distinguió entre la raza escultural una joven reclinada sobre un ciervo y guarecida bajo un parasol de plumas de avestruz. Esa mujer, vestida de un traje real, cantaba la noche de ese mismo día, en su balcón iluminado. Cerró las persianas de junco de China al sentir sobre sí una mirada frecuente.

El oficial se detenía siempre en este momento de su relato y quedaba suspenso y con la mirada vacía, perdido en los rumores de la noche feliz de Tiflis.

Me abstuve de censurar las señales incoherentes de su imagen. El militar había registrado, viviendo en el secreto, las civilizaciones más dispares y juntaba en un solo recuerdo el atavío de una princesa lidia y la actitud de Diana de Poitiers, segura de su juventud invulnerable en un retrato fascinante.

El Ciego

El teólogo se había tornado macilento y febril. Meditaba sin tregua una idea mortal y recorría, en solicitud de alivio, los infolios cargados sobre los facistoles o derramados sobre el pavimento.

Los autores de aquellos volúmenes habían envejecido en el retiro escuchando los avisos de una conciencia tímida. Salían de sus celdas para despertar, con sus argumentos, el asombro de las universidades.

El teólogo demandaba el socorro de un crucifijo sangriento, después de registrar con la mirada las imágenes de unos diablos de tres cabezas y armados de tridentes, en memoria y representación de los pecados capitales. Un escultor de la edad media había usado tales figuras al componer la filigrana de una abadía.

Yo me insinué en la amistad del penitente y lo insté a confiarme la razón de su inquietud. Pretendió retraerme de la pregunta usando alternativamente de efugios y amenazas. Se paseaba en ese momento bajo el estímulo de una alucinación apremiante.

Yo vine a quedar de rodillas al dirigirle el ruego más apasionado.

El impuso la mano sobre mi frente y consintió en asociarme a su visión terrible.

La vista de los suplicios infernales se fijó profundamente en mis sentidos y me siguió de día y de noche, hundiéndome en la desesperación.

Encontré mi salud cegando voluntariamente. He abolido mis ojos y estoy libre y consolado.

La Espía

El licenciado escribe una breve novela de equivocaciones y de casos imprevistos, ocupando las demoras de una corte en donde juzga, mal remunerado y holgazán.

El licenciado no pernocta en la ciudad, sino en su contorno. Se retira a una casa de corredores largos y cámaras solemnes, revestidas de cal, agazapada en una aldea anónima. Los ingenuos lugareños reparan en la acedia de la faz.

El licenciado se repone del tedio inventando lances y percances. Imagina las ansias y las querellas de los amantes y las graba en letras indelebles. Reclina, de vez en cuando, la frente de pergamino, llena de memorias, en la mano derecha. Prolonga la faena hasta el asomo de la mañana, bajo la mortecina luz de cera.

El licenciado abandona la pluma cuando la aurora muestra su cara de moza rubicunda.

Pasa al aderezo de su persona ante un espejo de Lorena, de esplendor mustio, y cuando retira los cabellos grises, observa a sus espaldas la calavera astuta de la muerte.

El Sacrificador

La mañana alumbra la ruina de las naves.

Los caudillos permanecieron vigilantes a través de la noche, sobre un mirador del litoral, abismados en el pensamiento de la derrota.

Las víctimas de la última porfía muestran, sobre el regazo de la tierra, el visaje paralizado y el abandono y lasitud de la muerte.

Una muchedumbre se junta a gemir en torno de su jefe. Censura el malcaso de la suerte y reverencia la dignidad del héroe y su faz de dios imberbe. El rostro de los dolientes se anega en la luz de una hoguera eclipsada por el día. La voz del mar secunda la escena del llanto, observando un compás ritual.

Los caudillos se despiden adelantándose al discurso fatuo del más provecto y se dirigen, sin concierto previo, a demandar el socorro de Aquiles. Los suplicantes alivian la ira ponzoñosa del joven y lo persuaden a la aceptación del deber.

El reconciliado se propone el desagravio de los suyos y la satisfacción de los manes del héroe, en medio de la turba inconsolable. Ordena la restitución de Briseida, acusándola, secretamente, de misionaria de la discordia.

La cautiva llega poco después, avergonzada de su ignominia, asegurando con el auxilio de un heraldo el paso tímido.

Aquiles la sujeta por la diestra y la sitúa bajo la amenaza de su lanza, menospreciando el intento de una súplica. Anula a golpes la resistencia, antes de infligir la herida mortal.

El Impío

El ciervo del abad se ha acogido a la Iglesia, librándose de los perros sanguinarios. Oye, desde su refugio, el grito del cazador. Descansa del peligro bajo una luz velada, atisbo del infinito.

El cazador amedrenta los humildes, señalándolos a la jauría frenética. Ríe estrepitosamente de su capricho de señor.

Sube las gradas de la iglesia, camino de su pórtico, sobre un caballo de pisada firme. Apellida los canes, desde el umbral, por medio de una bocina irreverente.

El abad, indignado por la irrupción del sonido, resiste al profano, arredra la jauría feral.

El caballo emprende súbita carrera y desaparece en un precipicio, llevando su jinete.

Los canes aúllan en torno de un sumidero calcinado.

Las Mensajeras del Alba

Las dos hermanas se han asomado a la ventana. Siguen conversando en términos cordiales. Difunden un aura bonancible.

He visto la más rubia en el curso de un ensueño. La doncella desaparecía en la oquedad de una selva irreal, seguida de un alce. Iba absorta en la contemplación de una flor de cáliz encendido.

He visto la segunda sentada entre cojines y vestida de seda joyante en el lienzo de un pintor flamenco. La burguesa cauta sostiene en el regazo un cofre cincelado y sopesa en la mano un aderezo de diamantes.

Las dos hermanas se han asomado a la ventana, sobre el canal gris de una ciudad herética, resistida a las órdenes de mi soberano taciturno.

La presencia de las beldades setentrionales asalta y desvirtúa mi lealtad.

Yo mudo el semblante y acelero el paso al escuchar el falaz parabién de un sicario.

El Sino

María Antonieta acaba de llamarme por medio de su confesor, un clérigo de virtud entera. Quiere encomendarme un mensaje para el diputado de una ciudad provincial, apasionado en la defensa de la reina, obstinado en granjearla el beneplácito de la nación.

María Antonieta se ha dejado persuadir del diputado caballeroso y se vuelve cauta. Ocupa el tiempo en la crianza de los hijos y se burla a la malicia de los cortesanos.

Yo recorro, en cumplimiento del encargo, una calleja retorcida, en donde arde un solo farol. Allí se juntaba la gente maligna de otras edades a concertar las aventuras de homicidio y de rapacidad.

Encontré al diputado en su gabinete modesto. Ordenaba los libros hacinados sobre una mesa. Descubrí el origen de sus ideas leyendo el título de algunos volúmenes sobre el hombre y su destino, reunidos con ensayos y disertaciones de una filosofía prudente, de estampa brillante.

Puse en sus manos un rico presente y la efigie de la soberana, trazada por un pincel infalible, esmerado en reproducir la tez satinada.

El diputado rehusa el don magnífico. Por causa de su gesto de asombro, corre sobre el piso la muchedumbre de las monedas sonoras, fabricadas del metal regio.

Guarda el retrato pintado con habilidad celosa, y lo embellece con una flor violácea, en donde los antiguos leyeron la interjección del lamento.

El Adolescente

Yo recorría, durante las vacaciones, la costa del Adriático. Holgaba en un esquife inseguro, pintado de blanco, parecido al cisne velívolo, enemigo del fuego en la fábula de Ovidio.

Yo recogía de mi trato con los pescadores la historia de los héroes de la montaña y del mar y confrontaba su discurso ingenuo con algún pasaje egregio de Tito Livio, en donde se adivina la amenaza de los piratas de Iliria.

He reverenciado en más de un blasón inerme la autoridad de Venecia y la de Ragusa, la rival de estirpe eslava.

Yo juntaba las memorias de la antigüedad pagana con las emociones del drama alegre o sombrío de Shakespeare y había dejado, en más de una ocasión, el escrutinio de un texto difícil para sosegar las mujeres de mi fantasía, atemorizadas por un duende travieso de la Noche de Verano.

Yo había salido de mi recogimiento en la isla del tedio y renunciado mis hábitos de niño y pisaba ahora un castillo de edad incierta. Nadie recordaba el nombre de sus dueños.

Una mujer espiaba mis pasos desde una ventana circular, semejante a un rosetón, y yo distinguí en su faz la dignidad y el desvío de Olivia.

La Deriva

Yo divisaba, desde la galera, el mausoleo de siete cámaras, dedicado a una dinastía leyendaria y edificado en una rotura de la montaña. Los marinos hablaban secretamente de los restos pulverizados y señalaban en algunos pasos de la costa el vestigio de pueblos desaparecidos.

El sol horizontal penetraba las ventanas de una mole, en forma de pirámide, dividida en mesetas graduales. Debajo de la galera corría un súbito espasmo de las aguas. Nosotros lo imputábamos a la irrupción de una ráfaga de nacimiento ignorado.

Un pez corpulento nos amenazaba a poca distancia, abandonado a merced de las olas. Lo designábamos con el nombre de una bestia marina, mencionada en el delirio de un profeta.

Uno de los nuestros, habituado a la navegación de un río perezoso y al fuego de un clima lórrido, soplaba a ratos su trompeta de bronce.

Ninguna criatura humana asomaba sobre los cantiles áridos.

Windsor

El rey trata familiarmente con el pintor flamenco sobre la última novedad del arte y coloca en un velador la bolsa de monedas prevenida para el allegamiento de cuadros suntuosos. El soberano y el artista se han juntado en la estancia abierta sobre el parque de los álamos de plata. Se asoman por una ventana a escuchar la voz diáfana de una fuente.

El ruiseñor entona su melodía, regalo de un poeta descontento, par de visionarios y profetas, amenazado de la ceguedad de los inspirados.

La vislumbre de una luna emboscada intenta el dibujo de siluetas vanas.

El ave seduce la voluntad y suspende la atención del rey, dando cabida a la enunciación de una amenaza presentánea.

Un asceta vocifera la pérdida del soberano y condena su pasión de la belleza, adoptando el acento de un apóstol hirsuto en presencia de Atenas, la ciudad de los ídolos.

La Guerra

El hombre de inteligencia rudimentaria salió a cazar lejos de su llanura inundada, al empezar el día de una época primitiva.

Dirigió sus pasos a un desfiladero de origen volcánico, donde habitaban dragones crispados y aves deformes y perezosas.

Escogió, durante el trayecto, las piedras más sólidas, para armar su honda.

Emitió gritos con el mayor aliento, usando las manos a guisa de tornavoz.

Otro hombre apareció, vestido de una zamarra y aparejado a la lucha. Vociferaba desde la cima de un monte. Su rostro se perdía en el bosque del cabello y de la barba.

El combate duró, sin decidirse, un tiempo indefinido. Hilos de sangre pintaban la cara y el pecho de los rivales.

Una mujer falseó cautelosamente el pie del defensor y lo precipitó desde la altura. Se vengaba de una sumisión abyecta.

El vencedor la toma bajo su autoridad e impone sobre sus hombros la suma del botín. La dirige hacia la llanura por una cuesta breve.

Se despreocupa de la espalda abrumada y de los pies sangrientos de la cautiva.

Nocturno

Quise hospedarme solo en la casa de portada plateresca. Me esforcé mucho tiempo restableciendo el uso de los cerrojos. Mis pasos herían el suelo sonoro y descomponían la vieja alfombra de polvo.

Sujetos de formas vanas apagaban los fanales al empezar la noche, rodeándome de tinieblas agónicas, y el edificio de dos pisos desaparecía en la semejanza de una cabellera desatada por el huracán.

Yo esperaba ansiosamente un prodigio.

He visto una mujer de fisonomía noble, de rasgos esculpidos por la memoria de un pesar. Ocupaba una rotura súbita de la sombra y acercaba el rostro a la cabecera de un féretro.

La fractura de una fiola de cristal despedía un sonido armonioso y la fantasmagoría zozobraba en la oscuridad impenetrable.

Parodia

El caballero se ha prendado súbitamente de una criada, extraviándose en el principio de su carrera. Ha sobresaltado el pensamiento de su propia madre, amiga y señora de la joven favorecida.

El caballero emprende el camino de la corte, donde lo invita un rey venerable.

Las damas comparecen a criticar la ingenuidad del mozo y confiesan la gentileza de su talle, juntadas en grupos alegres y malignos. Huyen asustadas al presenciar el infortunio de un palaciego reprimido a cintarazos por el novicio.

La criada se propone el engrandecimiento de su galán. Obtiene el permiso de su amiga y señora, y se dice enferma y se finge muerta a la vista de la gente del servicio, pregonera del suceso.

Adopta secretamente el vestido y las maneras de un joven deseoso de correr el mundo y viaja hasta la capital del reino, tratando mano a mano con perdidos y matones y fingiendo el amor a las doncellas.

Se insinúa en el trato de su amante y lo fascina con los avisos y recursos de una imaginación fértil, disuadiéndolo de su carácter cerril y subiéndolo hasta consorte de una mujer principal.

El caballero solicita en vano al ministro de su felicidad en la fiesta del casamiento.

Bajo el Ascendiente de Shakespeare

Yo usaba alternativamente el caballo y el bote durante mi peregrinación por las islas del Báltico.

Los naturales acudían oficiosamente a señalarme el camino. Un garzón, forzudo e ingenuo, me precedía a pie o remaba pausadamente sin aceptar presente ni sueldo. Usaba muchas veces pantalón de cuero y camisa de un color vistoso, aumentada con un pañuelo en son de corbata. La limpieza era su elegancia.

Yo pasaba del campo de cebada o de lúpulo al mar de visos indefinidos, mudado ocasionalmente en un remanso de color de pizarra.

El monte de hayas y de sauces descolgaba sus ramas sobre el fiord y las enredaba en el tope de los mástiles.

He preferido la antigua capital de una isla donde no había mendigos ni beodos y donde las personas acaudaladas mejoraban la suerte de los pobres y legaban dotes a las doncellas.

Los nobles sobresalían por sus méritos personales y conversaban mano a mano con el pueblo. Se dedicaban a la química o al conocimiento de las antigüedades setentrionales y gobernaban la conducta aludiendo a pasajes y momento de la Biblia. Ocupaban tribunas y palcos reservados en la iglesia de la aldea y aquí mismo guardaban las cenizas de sus antepasados en túmulos de piedra, donde pendían armaduras de acero y espadas macizas. Sus mansiones habían perdido el ceño feudal y eran francas y hospitalarias.

El tímpano de la misma iglesia mostraba a Jesús en compañía de los doce apóstoles. Un campesino, educado en Roma por la comunidad, había labrado exquisitamente las figuras.

El sacristán de la iglesia, anciano de sabiduría patriarcal, me guió al palacio de una familia extinta. Se había encargado de precaverlo del estrago del tiempo y de esa mano invisible ensañada con los edificios deshabitados.

El almirante de un siglo famoso había recibido el castillo en recompensa de una victoria sobre los suecos. Había perdido en ese lance el ojo derecho cuando dirigía la función de armas desde el pie de un mástil. El almirante, en una canción de los aldeanos, sólo respiraba a sus anchas en medio del humo del cañón. Había sido recompensado por un rey justo y económico, censor de los gastos de su guardarropa.

El sacristán me invitó a reposar en los sillones ilustres, vestidos de un forro de estopa, me exhibió el uniforme y las insignias del héroe recogidos en un cofre armorial, y me contó la suerte de los descendientes señalándome los retratos.

El anciano me describió la figura de Ofelia al referirme el término del linaje en una virgen fantástica y generosa. Usaba los cabellos sueltos y vestía de verde, confundiéndose con un hada silvestre.

La virgen seguía mis pasos cuando bajé a la calle por una escalera de granito. Llegó hasta posar en una meseta de mármol y me dirigió una mirada atenta.

El sacristán me sacó de la contemplación aferrándome el brazo. No volvió el rostro al cerrar tras de sí la puerta, sonando adrede la aldaba enorme.

La Huérfana

El huerto da al río obstruido, de márgenes fecundas, en donde amenazan el sumidero y la espesura.

La vegetación desvaría a consecuencia del aire nebuloso. Recuerda el crecimiento de una fuerza cósmica, libre de la medida, usurpante del límite.

La rapaza dirige una piedra al ave de gorja estridente, cursante de la ciénaga flatulenta.

Deja la travesura para contemplar, una vez más, las fauces rojas de un cocodrilo de basalto. Componen el caño por donde se vierte la piscina de granito, residuo de una mansión ufana, combatida por los hálitos virulentos.

Temores volubles asombran y paralizan el retozo infantil.

Un saurio soñoliento sale del estuario y se insinúa entre los árboles abatidos o acarreados por la creciente. Asesta la embestida segura, de cálculo atávico. Restablece el sosiego del bosque, suprimiendo gemidos pusilánimes.

El Rajá

Yo me extravié, cuando era niño, en las vueltas y revueltas de una selva. Quería apoderarme de un antílope recental. El rugido del elefante salvaje me llenaba de consternación. Estuve a punto de ser estrangulado por una liana florecida.

Más de un árbol se parecía al asceta insensible, cubierto de una vegetación parásita y devorado por las hormigas.

Un viejo solitario vino en mi auxilio desde su pagoda de nueve pisos. Recorría el continente dando ejemplos de mansedumbre y montado sobre un búfalo, a semejanza de Lao-Tseu, el maestro de los chinos.

Pretendió guardarme de la sugestión de los sentidos, pero yo me rendía a los intentos de las ninfas del bosque.

El anciano había rescatado de la servidumbre a un joven fiel. Lo compadeció al verlo atado a la cola del caballo de su señor.

El joven llegó a ser mi compañero habitual. Yo me divertía con las fábulas de su ingenio y con las memorias de su tierra natal. Le prometí conservarlo a mi lado cuando mi padre, el rey juicioso, me perdonase el extravío y me volviese a su corte.

Mi desaparición abrevió los días del soberano. Sus mensajeros dieron conmigo para advertirme su muerte y mi elevación al solio.

Olvidé fácilmente al amigo de antes, secuaz del eremita. Me abordó para lamentarse de su pobreza y declararme su casamiento y el desamparo de su mujer y de su hijo.

Los cortesanos me distrajeron de reconocerlo y lo entregaron al mordisco sangriento de sus perros.

Mar Latino

Estoy glosando el pasaje de la Iliada en donde los ancianos de Troya confiesan la belleza de Helena. Me escucha una mujer floreciente del mismo nombre. Los dos sentimos la solemnidad de ese momento de la epopeya y esperamos el fragor del desastre suspendido sobre la ciudad.

Agamenón, el rey de las mil naves, puede apresurar, apellidándolas, el desenlace de la contienda.

La sucesión de los visos del mar, presentes en la memoria de Homero, desaparece bajo el único tinte de la sangre.

La mujer me invita a dejar el recuento de las calamidades fabulosas y a seguir el derrotero de una fantasía más serena, en demanda de unas islas situadas en el occidente. Horacio las recordaba cuando quería descansar de los males contemporáneos.

Yo emprendo la excursión irreal sirviéndome de los residuos lapidarios de una leyenda perdida. Nuestro bajel solicita, a vela y remo, los jardines quiméricos del ocaso. Nos hemos fiado a un piloto de la Eneida. Su nombre designa actualmente un promontorio del Tirreno.

La voz mágica de mi compañera fuga las sirenas ufanas de sus cabellos, en donde se enredan las algas y los corales, y se muda en un canto flébil. Invita a comparecer, bajo el cielo de lumbre desvanecida, la hueste de larvas subterráneas, mensajeras de un mundo espectral.

Sutileza

Yo escuchaba el discurso de una mujer inteligente y sensible. Se había sentado en un sillón regio, de un solo pie. Adaptaba sus brazos a los del asiento y sostenía la faz de belleza imperturbable sobre el dorso de las manos entrejuntas. Yo le recordé la actitud semejante de Arquímedes en una estampa divulgada.

La mujer prefirió la igualdad con Margarita de Navarra, en el acto de imaginar sus cuentos libres. Sus palabras crearon el ambiente de un drama cortesano, en donde un caballero pulido teme el ingenio de una dama festiva y la celebra al mismo tiempo en unos versos frívolos.

Aproveché ese instante para subrayar un pasaje significativo en donde la reina siente de modo visible el pensamiento de Bocaccio y su estilo ciceroniano. Usé en mi servicio la elocuencia de Fiammetta y su ademán insinuante y sufrí de mi gentil señora una protesta indignada.

He acudido en ese momento a una superstición favorita de los antiguos. He abierto al azar uno de los libros de mi devoción y he encontrado el ejemplo de mi suerte en la paráfrasis de un soneto de Shakespeare.

Lay

El rey permitía a los mendigos acomodarse al pie de su trono, en las gradas de una escalinata. Atendía sus ruegos y se contentaba descubriendo el interés velado en sus patrañas.

Los naturales del reino vivían diseminados en el campo o reunidos en aldeas humildes. El cuervo de las batallas había suspendido el vuelo en la atmósfera deslucida. Recordaba a las nuevas generaciones la grandeza de Artús.

El rey clemente se había arrepentido de consentir el refugio de los facinerosos en las iglesias y en los cementerios. Usaban la garantía del asilo para saltear. Ordenó su destierro por el puerto más vecino y salieron, humillados hasta implorar la caridad, portando sendas cruces.

El rey se equivocaba rara vez en las tareas del gobierno cuando se atenía a su propio discernimiento. Desvariaba al incurrir en la flaqueza de consultar una voz nacida en el seno de un mausoleo. No se atrevía a emanciparse del mandamiento de Merlin.

La Suspirante

La hermosa ha regresado de muy lejos. Se encierra nuevamente en su cámara inaccesible, satisfaciéndose con el mueble esbelto y la baratija exótica. Impone el recuerdo de una era señorial, rodeándose de las escenas sucesivas de un tapiz.

La hermosa se pierde en la lectura de sucesos extravagantes, acontecidos en reinos imaginarios, y narrados con semblante de parodia. Vuelve sobre un pasaje burlesco, en donde alterna un pastor con el bufón expulsado de la corte.

La dama displicente se engolfa en las peripecias de un relato incomparable y suspende el entretenimiento cuando empieza una batalla entre caballeros de sobrenombres ínclitos.

La dama renuente, aficionada a las quimeras de la imaginación, sueña con huir de este mundo a otro ilusorio.

Nadie podría averiguar el derrotero de su fuga.

La hermosa vuela sobre los caminos cegados por la nieve y un buho solitario da el alarma en la noche fascinada por el plenilunio.

La Vuelta de Ulises

Penélope cita las criadas para interrogarlas sobre el último atropello de los pretendientes y sobre la asechanza dirigida contra la vida de Telémaco.

Penélope está sentada en una silla autoritaria, asiento de reyes patriarcales, y posa los pies ligeramente calzados sobre un escabel de encina.

Penépole se conforma al susto de las mujeres bisbisantes. Se interrumpen a cada paso para volver el rostro suspicaz y terminan su referencia con súplicas y votos a los númenes tornadizos.

Telémaco salió en demanda de su progenitor, bajo el consejo de un huésped casual, de porte eminente y discurso veraz, y con el auspicio de un águila aplicada a romper la hueste de unas aves infelices.

Navega hacia el palacio de un rey pesaroso, ocupado en la memoria de los suyos y salvo de su fin deplorable. Recoge noticias fragmentarias durante el festín de la bienvenida y admira los tesoros de origen distante y la modestia de su dueño. Permanece extasiado bajo la mirada inmóvil de una máscara de granito, descubierta en la orilla de un río divinizado, entre lotos y palmeras.

El rey pesaroso cuenta sus viajes y correrías, su arribo de náufrago y de mendigo ante el solio de los soberanos de raza desemejante y el riesgo frecuente de sucumbir de sed en medio de un mar paralizado.

Los pretendientes se juntan una vez más para la orgía e inquieren vanamente el paradero del viejo rapsoda, ansiosos de despedir su amargura unánime. Se retiran solitarios y mohinos al escuchar, de los menestrales de la cocina, la noticia de la ineptitud de la lumbre y de su desperdicio en llamas veloces y efímeras de fuego fatuo.

El Acontecido

El judío timorato y mendaz se asusta con los improperios del jinete de Ukrania. Agota, en disculparse, los recursos de una diplomacia innata.

El judío contempla un monumento de terror. Uno de su nación se distingue cerca del horizonte lívido, entre un revuelo de aves furiosas. La pértiga del suplicio se dobla con el peso del cadáver.

El delito del ajusticiado había sido considerable. Intentó defender la honra de su familia.

El judío se niega a declararse rico y a confesar el escondite de su caudal. Se resigna al azote, al incendio de su choza de paja y a la dispersión de sus hijos. Vuelve la memoria a los ejemplos de paciencia de Israel.

El jinete enlaza una correa debajo de la barba del cuitado y lo ata a la cola de su caballo. Captura la más espigada de sus hijas y parte en carrera suelta, venciendo precipicios y dando al aire una canción orgiástica.

El caballo, avezado al país, cruza la llanura de hierbas y de juncos florecidos espantando los zorros y las aves acuáticas.

El caballo se dirige a una candelada. Unas sombras se agitan en medio del esplendor lejano. Los jinetes de la horda se divierten lanzando al fuego las alhajas de un palacio y mofándose de una civilización enervada.

Se ponen de pies y elevan sus tazas de piedra en señal de alborozo y de felicitación al compañero. Celebran las gracias de la doncella en términos de pastoreo, usados con las terneras y las potrancas.

Desprenden de la cola del caballo al estrangulado y lo arrojan a puntapiés lejos del campamento, maldiciendo su avaricia empedernida. El más violento resulta cojo de haber impreso un golpe brusco.

Según advierten desde el principio de la campaña, el cadáver de un judío ennegrece el fuego e inficiona el humo de las hogueras.

Semiramis

La señora, de gentil disposición, me demandaba al principio de esa mañana el tributo acostumbrado de una galantería.

Yo registraba las páginas del breviario, solicitando las devociones señaladas para esa feria y censuraba desdeñosamente la dicción inelegante de los autores píos, imitando el descontento de mi consejero el cardenal Bembo, escrupuloso humanista de Venecia.

Yo le dije una atrevida lisonja, aprovechando las reminiscencias de un siglo retórico y libertino. Un abate, de ingenio huido, me había enseñado a esculpir en un latín capcioso las demasías de la depravación. Yo había escrito, de mi puño y letra, el elogio de sus epigramas inverecundos.

La señora se reclinó sobre un lecho, imagen de la clásica litera. Mostraba en la frente el dejo de una noche inquieta y dirigía una mirada fija sobre la vega de su dominio.

Más de una vez había envidiado, delante de mí, la autoridad de una reina cruel sobre un país abundante en leones sitibundos y flavos. Esos leones habrían sido los tenantes de su escudo.

La señora, de humor variable, debía de concebir y de seguir, en ese momento, las figuras de su ambición fabulosa.

Yo la veía dictando órdenes al más fiel de sus ministros, un verdugo etíope, criado en los desiertos de Nubia, conforme el aspaviento de un romance de caballería.

El Viaje

Mi pensamiento sigue las inflexiones de su voz ondulante.

Una imagen vaporosa se anuncia detrás de los vidrios húmedos y viejos de la ventana y se pierde velozmente en la profundidad de los salones interiores.

El edificio rasga, con sus ángulos y perfiles violentos, la sombra perezosa.

Yo marchaba sin descanso, activado por una voluntad superior.

El día sobrevino a iluminar el paraje desierto.

Pero la noche me sorprendió una vez más dentro del círculo inexorable de los montes.

La Alborada

El revuelo de las golondrinas impide la serenidad de la mañana celeste. Las aves seráficas observan su voto de júbilo y pobreza. Sugieren una emoción nostálgica y piadosa. Desaparecen repentinamente, inspirando la sospecha de acudir al llamamiento de un ermitaño benévolo y anciano.

Las iglesias vetustas de la ciudad episcopal, habitada por colegiales y doctores, conciertan ocasionalmente sus campanas.

El enfermo registra el contorno desde un balcón retirado profundamente en su casa hermética. Permanece, vestido de blanco, en una silla poltrona. Deja ver, en el rostro cándido y marchito, los efectos de un mal contraído desde la niñez.

Ha velado la noche entera, sintiendo los sones de una orquesta lejana, a través del aire veleidoso. La música insinuaba el pasatiempo de la danza en una sala radiante.

El enfermo ha desechado la fé de sus mayores. Sobrelleva el ocio prolijo siguiendo el pensamiento de filósofos desolados y réprobos y penetrando los secretos de los idiomas antiguos, de belleza lapidaria. Rememora la amenaza de la fatalidad, las leyes inexorables del universo en estrofas de sonoridad latina.

El enfermo se envuelve la faz con un lienzo recogido de sus hombros. Quiere ocultar a las miradas de su criada afectuosa el sentimiento de su última composición y la dice en voz baja y suave.

El poeta se burla del privilegio del genio, merced diabólica transformada en cenizas. La calavera del símbolo domina en su canto de soledad y amargura y anuncia, por medio de una trompeta de bronce, la soberanía perenne del olvido.

Runica

El rey inmoderado nació de los amores de su madre con un monstruo del mar. Su voz detiene, cerca de la playa, una orca alimentada del tributo de cien doncellas.

Se abandona, durante la noche, al frenesí de la embriaguez y sus leales juegan a herirse con los aceros afilados, con el dardo de cazar jabalíes, pendiente del cinto de las estatuas épicas.

El rey incontinente se apasiona de una joven acostumbrada a la severidad de la pobreza y escondida en su cabaña de piedras. Se embellecía con las flores del matorral de áspera crin.

La joven es asociada a la vida orgiástica. Un cortesano dicaz añade una acusación a su gracejo habitual. El rey interrumpe el festín y la condena a morir bajo el tumulto de unos caballos negros.

La víctima duerme bajo el húmedo musgo.

El Festín de los Buitres

Había perdido la seguridad y el atrevimiento después de sacrificar a su mujer. La había sorprendido en una entrevista con el enemigo y le infirió la muerte antes de escuchar la primera disculpa.

Había quedado solo y casi inerme. La tribu peregrina había sucumbido en la porfía con ejércitos regulares. El superviviente no contaba otros bienes sino su caballo y un carro encomendado a la fuerza de sus canes y en donde se guarecía de la lluvia. Habría muerto de hambre si no se atreviera con las raíces incultas y con las viandas aprovechadas por los gitanos en su dieta indigente.

Recibía a cada instante una advertencia de la suerte. Llegó a desconocer el ruido de sus propios pasos y giró sobre sí mismo para defenderse. Un aparecido acostumbraba interrumpirle el sueño, violentando la puerta de su vivienda en medio de la jauría consternada.

El proscrito decidió abandonarse a merced de los sucesos. Se encontró fortuitamente con una mendiga lastimosa el día de caer prisionero y de ser victimado. La ancianidad la había convertido en una grulla con muletas.

La mendiga deseaba el fin de la guerra continua, en donde había perdido sus hijos, y se prestaba al oficio de espía.

Los vencedores sobrevinieron por vías distintas y desvanecieron el último ademán de la defensa. Lo hirieron a satisfacción.

La mendiga se limitó a sellar con un puño de tierra la faz del héroe.

El Desvarío de Calipso

Ulises, reclinado sobre un monte de arena, posa la mirada en el mar solitario. Vive consumido por la nostalgia y cultivando el sentimiento pío y la memoria acerba.

La ninfa, vestida de sus cabellos, lo llama a voces desde el pie de una encina rutilante.

Ulises, el demoledor de ciudades, mira el vértigo de las nubes y piensa en el humo delirante del incendio, hoguera de los reinos caducos, y en la veracidad de su sobrenombre épico. El sol ejerce una vez más su autoridad de titán vencedor del caos.

Ulises carece de su destral, de corte instantáneo, requerido para la sección de un pino y el aderezo de un esquife.

Alcanza a nado un leño baldío, herido por una centella del cielo, y viaja conforme el sesgo de una corriente visible entre las olas confusas.

Una escolta de tritones, de visaje libertino, sopla, alborozada, su caracol de pabellón acústico.

El Entierro

Erase un mocetón dicaz y engreido. Venía de la guerra civil, de lucirse en una jornada sangrienta, de esclarecer el abolengo marcial en presencia de un caudillo ambicioso.

Tenía en sus manos el gobierno de una aldea.

Salió una noche fuera de poblado a gozar un paisaje esquivo y silencioso. La luna asomaba sobre un estribo de la sierra.

El mozo distinguió, en la hora ambigua, el paso de un cortejo. Algunos burladores iban a su frente, llevando sobre sí una cama y pregonando la nueva de una muerte. Eran lugareños de vida traviesa y faz alcoholizada.

El joven escuchó su propio nombre al preguntar el del caído. Los persuadió fácilmente al abandono de la farsa lúgubre y a desbandarse en demanda de sus hogares.

Se juntaron, la noche siguiente, para la misma diversión a la vista de la luna exangüe, y reiteraron el aviso de la muerte del joven. El los deshizo espada en mano, a tajos y denuestos, y arrestó los más culpables.

Una fiesta se dió, a los pocos días, en la casa de un hidalgo rural.

El héroe agasajaba sumisamente a las hermosas y las trenzaba guirnaldas de flores pasajeras.

Un hombre macizo y desgreñado penetró en la sala y se trabó con el galán. Venía de la maleza y del barranco y desahogaba una acometividad irreflexiva.

El desconocido parecía invulnerable al arma de fuego.

La lucha se decidió con el puñal y terminó, después de unos momentos premiosos, con la muerte de ambos adversarios.

Los lugareños, de vida traviesa y faz alcoholizada, fueron absueltos de su arresto y encargados de llevarse el cadáver del joven.

No consiguieron identificar el del importuno.

Las Suplicantes

Las mujeres fugitivas se prosternan a los pies del rey y se expresan en voces entrecortadas, sin ordenar el cuento de su desgracia.

El rey no consigue entenderlas sino cuando se aparta a un lado con la más serena y diserta.

No podían sufrir los oprobios de su señor. Se horrorizaban de sus bigotes lacios, de su cara cetrina, de su vientre descolgado sobre unas piernas de enano.

Yo salí inmediatamente a impedir la generosidad del rey y lo disuadí de salvar a las fugitivas.

Yo había dominado, en esos días, una sedición entre las mujeres de mi serrallo. Se dejaron aconsejar de un eunuco malicioso y deforme, comparado por ellas mismas al cebú.

Yo le había inferido el agravio más pesado entre los musulmanes, arrojándole al rostro una de mis pantuflas cuando me hallaba enfurecido por un brebaje de cáñamo.

Las suplicantes fueron devueltas a su dueño por mi consejo y bajo mi dirección. Marcharon a pie, atadas entre sí por los cabellos, através de un arenal ardiente y bajo el azote de uno de mis esclavos.

Yo las puse en manos de su amo y le recomendé un castigo memorable.

Las paseó, en medio de la gritería popular, montadas de espaldas sobre unos camellos roídos de sarna.

Unas viejas les salieron al encuentro, dirigiéndoles motes desvergonzados y lanzándoles puños de la basura de la calle.

La Caza

La duquesa guarda, montada a caballo, una actitud pudorosa y gentil. Increpa al azor aferrado en el puño y lo despide en seguimiento de un ave indistinta.

El azor dibuja un vuelo indeciso y acierta con el rumbo.

La belleza de la señora me distrae de seguir el curso de la caza. Resalta de lleno en el campo uniforme.

Yo recojo del suelo y oculto recatadamente un chapín de cordobán, escapado de su pie.

La duquesa nota la pérdida en una tregua de la activa diversión.

Me abstengo de contestar sus preguntas inquietas, donde se traspinta el enfado. Un paje saca a plaza la vergüenza de mi hurto.

La duquesa ríe donosamente al adivinar la señal de una pasión en el más intenso de sus villanos.

Divagación

Yo había esperado el equinoxio de primavera, el día tradicional del florecimiento del narciso.

La flor de la metamorfosis había sido honrada en los anales de un pueblo justo y de suerte contraria.

Quise visitar las reliquias de su vivienda y me interné por la hondonada de un río seco. De las ramas lánguidas de una espesura emprendían el vuelo unas aves de gorjeo molesto.

Yo me recliné cerca de una estatua descabezada. Su diestra empuñaba una lanza de fresno, conforme el uso de la Iliada, y su escudo redondo yacía por tierra, deshecho en pedazos. Sobre el zócalo se leía el nombre de un artista inmortal.

Yo recibí el premio de mis afanes y de mi veneración a los vestigios de una edad sencilla. Una mujer, viajera en un carro tirado por leones, me invitó a su lado y me inspiró una confianza viva. Su imagen, con el mismo aparato y decoración de las fieras, adornaba una fuente soterrada y su nombre era el del país en siglos de más ventura.

Me señalaba los derroteros siderales y me hablaba de los días ulteriores, reservados a la bonanza. Su discurso había anticipado el arribo de la noche, de palio fosforescente.

Alteró a voluntad el aspecto de la redonda y me dejó en el principio de una llanura fértil, donde los seres se ofrecian a la medida de la exigüidad del hombre y los celajes se pintaban con los tintes inválidos del crepúsculo matinal.

Un caballo dosalbo, de linaje solar, dominaba el territorio y lo registraba desde una altura. Su voz de bronce y el sonido profundo de sus pasos determinaban en lontananza la fuga oblicua del lobo de ladrido maldito.

La Ensenada

En aquella redonda, defendida por un anfiteatro de montañas y con salida a un mar lisonjero, se había refugiado la inocencia del mundo primitivo.

El cielo se hermoseaba siempre con los tintes suaves y mustios del otoño.

Los nativos eran ligeros y frugales y se holgaban con el tributo de las encinas y de las vides agradecidas.

Las vides arrastraban por el suelo sus sarmientos perezosos y reproducían en sus racimos el color de la perla y del ámbar, tesoros del puerto vecino.

Las encinas reposaban y arrullaban el sueño de los bardos augustos, remozados por el vino y seguros de una dichosa longevidad. No se atrevían a la proeza de los jóvenes en el mar lejano, lleno de peces móviles.

Las mujeres se decían hermanas de los árboles y adoptaban al hijo del oso y al lobezno huérfano. Reinaban por el don maravilloso del acierto y de la previsión.

Aquellos hombres estaban persuadidos de su felicidad inviolable y sin término.

En sus brazos había muerto Homero.

Dionisiana

Yo subí al mirador a celebrar una entrevista con Celimena en el comienzo del día. Se igualaba con las reinas de Homero por su habilidad en el diseño y en la ejecución de tejidos ornamentales. Despertaba la memoria de la esposa de Alcinoo en medio de sus criadas dóciles.

Sonreía ante la luz virginal de la mañana. Usaba los cabellos sueltos sobre el traje de raso verde, en donde unas piedras falsas completaban la imitación de un vestido célebre de Ana de Austria en el romance de los mosqueteros.

El mismo color se repetía en el manto del prado, en donde el azar había diseminado las gladiolas requeridas para la corona de un dios fluvial. El paraje, libre de amenaza, podía servir de escena al paseo de una doncella atribulada en el curso de una novela pastoril. Un caballo blanco sugería el caso de un palafrén licenciado.

Yo disertaba sobre la historia de los amantes ejemplares y su término desventurado. El semblante de la mujer y el sitio aislado y superior restauraban la hora de un siglo heráldico y traían a cuento el dúo frenético de una reina y de su cortejo.

Celimena se negaba al sinsabor de la tragedia, volvía la mente a las seducciones del pasado veneciano y las sumaba a la realidad festiva, de donde había desterrado el pensamiento del mal y de la muerte. Se proponía sustraer del olvido y dejar a los venideros más distantes la imagen de su belleza desnuda, a semejanza de una heroína del Ticiano.

Crepúsculo

Silvio resiste difícilmente el ingenio de Beatriz. Las burlas irritan al galán presumido.

El gótico sol de los vitrales pinta la orla de una alegre nube, de forma alternativa.

Los follajes componen una oscuridad continua, a la hora de la tarde, en la ciudad blanca.

Beatriz contempla el río, suspensa ante el caudal transitorio y la figura idéntica.

El galán se aleja amenazando rivales imaginarios. Beatriz usa, para despedirlo, una cortesía juiciosa, abstinente.

La joven retorna, en presencia de una luna eclipsada, a los severos pensamientos de su tedio.

Las tinieblas incoercibles, de pies suaves, de carátula burlesca, soplan unas largas flautas de ébano o de plata.

Un ladrido brusco, originado en los claustros interiores de la tierra, consterna el bosque de laureles.

El Reino de los Cabiros

Unas aves negras y de ojos encarnizados se alojaban entre los mármoles derruidos. Infligían la afrenta de las harpías soeces. Andaban a saltos menudos y alzaban un vuelo inelegante.

La vega de la ciudad abundaba en arbustos malignos citados, para memoria de la venganza y de la amargura, en más de un libro sapiencial.

Un busto de mirada absorta, ceñido de una guirnalda de yedra, se alzaba a cada momento sobre su pedestal roto. El suelo de los jardines violados había dado albergue, un siglo antes, a las víctimas de una histórica epidemia.

La luz del día regurgitaba de una rotura del globo del sol, y la noche, duradera cual las del invierno, estaba a cargo de un astro, de orbe incompleto y de través.

Unos hombrecillos deformes brotaban del suelo, en medio del sopor nocturno. Salían por una apertura semejante al escotillón de un tablado. Sus ojos eran oblicuos y el cabello lacio y espeso invadía la angosta zona de la frente. Respondieron a mi interpelación valiéndose de un gesto lúbrico y hube de asestarles el puño sobre la faz dura, como de piedra. La mano me sangra todavía.

Yo no contaba otra amistad sino la de una mujer desconsolada, atenta a mi bien y a las memorias de un mundo superior. No sabría decir su nombre. Yo olvidaba, en el principio de cada mañana, su discurso.

Ella misma me puso en el camino del mar y me señaló una estrella sin ocaso.

A poco de soltar las velas al viento próspero, vi alzarse, desde el sitio donde me había despedido con lamentos, una interminable espiral de humo.

El Paseo

El efluvio magnético de la hermosa aturde mis facultades.

Salimos de la ciudad y su angostura en solicitud de la campiña.

La yerba rompe el suelo de la antigua avenida.

La mañana de noviembre suena con los alardes y revuelos del viento festivo y luce colores apacibles. Prefiere el azul y el blanco, siguiendo el ejemplo de una doncella reverente, en procesión devota. Mas no ostenta, cual la doncella, un presente floral, orgullo del jardín o del bosque, sino los cristales y diamantes de una lluvia fortuita.

Yo suprimo delante de la hermosa los estorbos más incómodos a la huella.

Avanza con el desgaire de una convaleciente y refiere los percances de un drama señorial, en donde el pundonor veda la confesión de los amantes y les impone una actitud sobrehumana.

Sentimos las situaciones de la comedia y celebramos el donaire de una azafata, por donde llega la ventura del desenlace.

El día boreal sugiere el ambiente del reino en donde acontece el suceso romanesco.

Ofir

La borrasca nos había separado del rumbo, arrojándonos fuera del litoral. Empezábamos a penetrar en la noche insondable del océano.

Oíamos el gemido de unas aves perdidas en la inmensidad y yo recordé el episodio de una fábula de los gentiles, en donde el héroe escucha graznidos al cruzar una laguna infernal. Los marineros, mudos de espanto, sujetaron a golpe de remo el ímpetu de la corriente y salieron a una ribera de palmas.

Yo vi animarse, en aquella zona del cielo, las figuras de las constelaciones y miré el desperezamiento del escorpión, autor de la caída de Faetonte.

Nosotros desembarcamos en la boca de un río y nos internamos siguiendo sus orillas de yerba húmeda. Los naturales nos significaron la hospitalidad, brindándonos agua en unas calabazas ligeras.

Subimos a reposar en una meseta y advertimos el dibujo de una ciudad en medio de la atmósfera transparente. La comparamos a la imagen pintada por la luz en el seno de un espejo.

El rey, acomodado en un palanquín, se aventuraba a recorrer la campiña, seguido de una escolta montada sobre avestruces. Gozaba nombre de sabio y se divertía proponiendo acertijos a los visitantes de su reino.

Unos pájaros, de plumaje dispuesto en forma de lira, bajaban a la tierra con vuelo majestuoso. Despedían del pecho un profundo sonido de arpa.

Yo discurrí delante del soberano sobre los enigmas de la naturaleza y censuré y acusé de impostores a los mareantes empecinados en sostener la existencia de los antípodas.

El rey agradeció mi disertación y me llevó consigo, en su compañía habitual. Me regaló esa misma noche con una música de batintines y de timpanos, en donde estallaba, de vez en cuando, el son culminante del sistro.

Salí el día siguiente sobre un elefante, dádiva del rey, a contemplar el ocaso, el prodigio mayor del país, razón de mi viaje.

El sol se hundía a breve distancia, alumbrando los palacios mitológicos del mar.

La Vigilia del Campamento

El rey, antiguo calavera, se enorgullecia de ser un soldado. Me habia encomendado la tarea de espiar la actividad de los granujas de su trato y amistad, incorporados a la expedición ultramarina. El mismo rey habia presidido la revista de las fuerzas navales y pisaba el territorio enemigo, con pretensiones de invasor.

Recuerdo el sueño malsano de la hueste en la noche de los fantasmas volátiles. Los soldados requerian las armas para defenderse de un asalto ilusorio. Yo vine a dar en una ciénaga al perseguir un jinete falso. Lograba soltarse de mis manos por medio de suertes y prestigios originales. Una cicatriz dividia oblicuamente su cara diabólica de gato desorejado; por donde hube de pensar en la estampa de un guerrero de Atila. Espanté del seno del agua unas ranas criadas del limo, inhibidas y atemorizadas por la voz inquieta de los centinelas. Ostentaban un collar de aljófares sobre la verde librea.

Los sujetos maleantes, señalados a mi censura, desaparecieron seducidos por las visiones infieles y se internaron en el campo del adversario, en donde sufrieron la suerte de los espías y de los batidores. La codicia los habia separado lejos del auxilio.

El más alegre e impio se perdió en una batalla extravagante. Su rival fugaz consiguió fatigarlo con los golpes imprevistos del florete de Hamlet.

El Protervo

Nosotros constituíamos una amenaza efectiva.

Los clérigos nos designaban por medio de circunloquios al elevar sus preces, durante el oficio divino.

Decidimos asaltar la casa de un magistrado venerable, para convencerlo de nuestra actividad y de la ineficacia de sus decretos y pregones.

Esperaba intimidarnos al doblar el número de sus espías y de sus alguaciles y al lisonearlos con la promesa de una recompensa abundante.

Ejecutamos el proyecto sigilosamente y con determinación y nos llevamos la mujer del juez incorruptible.

El más joven de los compañeros perdió su máscara en medio de la ocurrencia y vino a ser reconocido y preso.

Permaneció mudo al sufrir los martirios inventados por los ministros de la justicia y no lanzó una queja cuando el borceguí le trituró un pie. Murió dando topetadas al muro del calabozo de piso hundido y de techo bajo y de plomo.

Gané la mujer del jurista al distribuirse el botín, el día siguiente, por medio de la suerte. Su lozanía aumentaba el solaz de mi vivienda rústica. Sus cortos años la separaban de un marido reumático y tosigoso.

Un compañero, enemigo de mi fortuna, se permitió tratarla con avilantez. Trabamos una lucha a muerte y lo dejé estirado de un trastazo en la cabeza. Los demás permanecieron en silencio, aconsejados del escarmiento.

La mujer no pudo sobrellevar la compañía de un perdido y murió de vergüenza y de pesadumbre al cabo de dos años, dejándome una niña reciennacida.

Yo la abandoné en poder de unas criadas de mi confianza, gente disoluta y cruel, y volví a mis aventuras cuando la mano del verdugo había diezmado la caterva de mis fieles.

Muchos seguían pendientes de su horca, deshaciéndose a la intemperie, en un arrabal escandaloso.

Al verme solo, he decidido esperar en mi refugio la aparición de nuevos adeptos, salidos de entre los pobres.

Dirijo a la práctica del mal, en medio de mis años, una voluntad ilesa.

Las criadas nefarias han dementado a mi hija por medio de sugestiones y de ejemplos funestos. Yo la he encerrado en una estancia segura y sin entrada, salvo un postigo para el paso de escasas viandas una vez al día.

Yo me asomo a verla ocasionalmente y mis sarcasmos restablecen su llanto y alientan su desesperación.

Hesperia

El sacerdote refiere los acontecimientos prehistóricos. Describe un continente regido por monarcas iniciados, de infulas venerables y tiaras suntuosas, y cómo provocaron el cataclismo en donde se perdieron, alzados contra los númenes invulnerables.

El sacerdote se confesó heredero de la sabiduría aciaga, recogida y atesorada por él mismo y los de su casta.

Infería golpes al rostro de las panteras frenéticas. Afrontaba la autoridad de los leones y percudía su corona. Captaba, desde su observatorio, las centellas del cielo por medio de un mecanismo de hierro.

Se ocupó de facilitar mi viaje de retorno. Su galera de veinte remos por banda surcaba, al son de un pífano, el golfo de las verdes olas.

Volví al seno de los míos, a celebrar con ellos la ceremonia de una separación perdurable.

La belleza de la mañana aguzaba el sentimiento de la partida.

Debía seguir el consejo del sacerdote interesado en mi felicidad, fijándome, para siempre, en la península de la primavera asidua.

El Sigilado

El estudiante entrega al magnate las trovas donde refiere cuitas apasionadas. Ha desertado de las aulas para adelantar en el arte de la guitarra y celebrar las prendas de su amada en el recato de la noche, sin cuidarse de la inquietud y de la curiosidad de los vecinos.

Los maestros, de reverendas mucetas y perspicaces antiparras, amonestan y reprimen al galán.

Las composiciones líricas descubren el dejo y la apatía de la desesperanza, el deseo de una felicidad inaccesible. El autor se compara a un boyero de vida humilde y clandestina, zarandeado y desesperado por la suerte.

El magnate se hace cargo de las especies vertidas contra la fama del joven y le censura, en términos animados de simpatía, el desperdicio del tiempo. Reserva sus escritos en un cartapacio de badana y lo despide cortesmente, siguiéndolo con la vista, a hurtadillas de los pedigüeños.

El magnate piadoso, avisado por los celadores de la religión, deja de patrocinar al estudiante, cuando lo mira alejarse del brazo de un personaje equívoco y rondante, vestido de ropilla escarlata con botones de acero.

La Quimera

La virgen, seducida por los entretenimientos del mundo y perdida entre los devaneos de la imaginación, ha adoptado el nombre de Viviana, y tañe su laúd invocando el socorro del hada. Imita las solturas y desenvolturas del romance.

Sueña con redimir y ganar un príncipe encantado, víctima del maleficio de la envidia, humillado bajo la forma de un escuerzo y signado en la frente con la imagen de un círculo rutilante. Una laguna, de aliento venenoso, defiende la galería de su escondite. La virgen consigue romper el sortilegio permaneciendo de rodillas, una noche entera, en medio de unas ruinas, lejos del auxilio humano, y bajo la amenaza de las sabandijas ferales. La virgen resiste los fantasmas de la oscuridad y su cántico victorioso, espanto de unas aves diabólicas, acompasa con el alba y sus llamas de un color devoto.

La virgen interrumpe la música voluble, trasunto del curso de su desvarío, y encierra el laúd en la caja de ébano, de tapa resonante.

La virgen mira el asomo de un bajel y la soltura de un pájaro desde su puente, y acude con voz sobresaltada a la incertidumbre del mensajero.

El Justiciero

Yo era un prelado riguroso. Mi autoridad pesaba sin contemplaciones sobre un distrito fortificado. Mi palacio gobernaba el rio de la frontera, de cauce irregular, alterado por el precipicio y la caverna. Mi estandarte, en figura de triángulo, mandaba con acento vigoroso el concierto de escarpas, reductos y atalayas.

Yo quería imponer, en su significación cabal, los dragantes de mi blasón.

Me encarnizaba especialmente con los delitos de condescendencia y de flaqueza. Vivia sumido en la ventilación del problema de la gracia y del albedrío, y sustraido al hechizo de la naturaleza sensible.

Yo ordené el castigo inhumano del emparedamiento al saber el caso de una monja enamorada y permanecí impasible a la súplica de sus deudos arrodillados.

La infeliz se dirigió al sitio del suplicio al compás de una música sorda y llevando en la diestra el cirio de la penitencia.

Yo me enfermé de un mal incurable al recibir, el dia siguiente, la visita del progenitor de la víctima. El anciano habia aprendido, en la compañía de las aves, un arte afectuoso. Habitaba, hasta ese momento, en la linde de una floresta, en la vecindad de los ruiseñores, y los habia defendido de la saña innata del gavilán.

Las aves le habian referido, en trinos y gorjeos, el cuento de esa vieja enemistad, notada, desde el alba de la historia, en más de una teogonía venerable.

El anciano tañía el violón de un ángel filarmónico, visto por mí en una miniatura alegórica del paraíso.

Sus increpaciones, en el momento de alejarse, dieron al traste con mi severidad.

Saudade

La niña pasea la ribera umbrosa del Tajo, lamentando la desaparición de las zagalas y de las ninfas celebradas en más de una fábula de origen lusitano. Jorge de Montemayor, el bizarro gentilhombre, dejó la memoria de esas mujeres sensibles y de sus cuitas de amor en los párrafos elegantes de su Diana, y pereció, acusado de indiscreto, por efecto de una asechanza nocturna, dirigida desde el recato de una celosía.

La estampa de una mano crispada en el muro calizo y una cruz señalan el sitio del malcaso.

La niña descubre, en la corteza de un fresno, la cifra del nombre aciago.

Un aura indolente desprende, sobre el caudal de agua, las hojas de la selva nostálgica, en el principio de la mañana ilusoria.

La Campaña

Yo fui invitado a las exequias de un perro cazador. La familia nómade prorrumpió en lamentos agónicos y se dijo amenazada de la penuria al morir aquel servidor próvido. Las mujeres impusieron sobre los varones la misión de componer una brigada y de salir en demanda de los lobos inculpados.

Salimos a campaña al rayar el día siguiente. Careciamos de pólvora y sólo portábamos bastones ferrados. El sol apareció bien pronto sobre el suelo de nieve y lo convirtió en una superficie de vidrio. La nieve era delgada y los caballos la rompian fácilmente para devorar la hierba escondida. El hambre devastaba el pais.

Nosotros topamos la cuadrilla de las fieras al rodear el estribo de un monte escarpado. Algunos de nuestros jinetes fueron mordidos peligrosamente en la riña cruenta y se dijeron infectados de rabia. Ocho o diez lobos quedaron abatidos y con el espinazo roto. Yo me di por satisfecho capturando un lobezno de pelo rojizo.

Volvimos a la aldea después de alcanzar la victoria y procedimos a la curación de los heridos por medio del cauterio. Todos mostraban los signos de la melancolía, por donde se inicia la crisis de la rabia.

Las mujeres no esperaban salvar los infectados sino sacrificando mi cautivo en aras de un símbolo de su fé, conservado por generaciones innumerables, desde los días de Atila. Adoraban una espada clavada en el suelo, imagen de la fuerza. Envidiaban solapadamente mi fortuna y me demostraban una vez más la inseguridad de su trato. Habrían sido capaces de aconsejar mi pérdida en caso de salir mejor librado en una segunda excursión.

Los heridos se restablecieron a raíz del sacrificio de mi lobezno. Se contentaron al advertir las señales de mi despecho y me dejaron ver la necesidad y oportunidad de continuar mi viaje. Habían fingido, según mi conjetura, los síntomas de la rabia.

Desechè la compañía de aquellos cazadores infieles y me abrí paso con mi caballo a través del país uniforme, con el auxilio de una brújula.

Una mujer me hirió con una piedra cuando yo separaba mi caballo de mirarse en el espejo de un aguazal.

El Secreto del Nilo

Adriano estaba inconsolable con la pérdida de su favorito en el rio cenagoso, entre saurios torpes. Habia perecido cuando ostentaba los atributos e insignias de Apolo.

Las palmeras descabelladas presenciaban una vez más el sacrificio del sol, anegadas en la penumbra del momento solemne, y una pirámide abrumaba el horizonte de modo inexorable.

Adriano habia seguido las inspiraciones de una curiosidad impia y las enseñanzas de una crítica presumida, al visitar osadamente el pais de los mitos sabios, espectador inmóvil del misterio.

Adriano se ha reclinado sobre el zócalo de un monumento derruído, en la vecindad del rio inagotable, y descubre una imagen de su pensamiento en la actitud de un gavilán, el mismo del rito indigena, ensañado en aventar las plumas de una victima.

La Sirte

Ariel se había refugiado en un ocanto del capitel corintio. Un arquitecto, agradecido a las seducciones y recuerdos de Italia, había erigido un palacio de líneas seguras e inspiración clásica.

El rey lo había dado en presente al astrónomo de su corte, versado en los presagios de las esferas. Delante del palacio, edificado en una isla desierta, se extendía el mar extático. Un alma errante había preferido aquel panorama a la ventura celeste. Los pescadores referían esta leyenda y la de un cazador nocturno, sentenciado a seguir una presa inalcanzable hasta el cataclismo final del universo

Aquel astrónomo había cegado el entendimiento del rey y lo animaba asiduamente en contra de sus familiares. Negaba a la nación las avenidas del trono.

El envolvió el reino en una guerra intempestiva y prometió caudales brillantes, reservados en el suelo, para esquifar una armada vencedora.

La suerte preparó sigilosamente un abismo a los proyectos de la soberbia y las naves se dispersaron, por consecuencia de un miedo superior, el día de la batalla.

Ese momento acarreó la desaparición del consejero pernicioso.

La isla de su domicilio se hundió algunos pies debajo de la superficie del mar y se convirtió en un arrecife enemigo de la navegación.

La Ráfaga

Las ninfas de mármol derraman el agua de la fuente por la boca de sus cántaros cincelados. Están sentadas sobre la orla del tazón de jaspe y recogen y vierten las ondas encaminadas por medio de un artificio. El agua vertida de los cántaros cincelados anima la umbría, hiriendo sonoramente el suelo.

Las heroinas del amor infeliz se juntan en aquel sitio a una misma hora, para la confidencia de sus pesares. Una voluntad superior las encierra en el húmedo jardín, en donde juegan las vislumbres de una luz cárdena.

Refieren alternativamente el cuento de su desventura y añaden cánticos lamentables.

Las heroinas despiden un grito y se lanzan en varias direcciones al sentir el nacimiento de un estruendo lejano. El paso de una ráfaga caliginosa deshace el jardín fantástico y sus tintes de violeta, y deja en su vez una oscuridad llena de gemidos.

El Venturoso

Yo salí, a la hora prohibida, del templo solar y me adelanté más allá de la torre coronada de una estrella, emblema y recuerdo de Hércules.

Acudí en servicio de una mujer desfallecida sobre la ribera de un mar inmóvil y de aguas negras, en donde zozobraba un arrebol extravagante. Ostentaba la corona de violetas de la penitencia y pedía a voces el alivio del sueño. Desapareció dejando en mis manos su veste de gasa lunar.

Yo había perdido el camino del regreso y seguí los pasos de un gato salvaje encarnizado en la persecución de un faisán.

Vine a dar en un paraje cerril y hallé gracia entre unos cazadores magnánimos. Combatían el elefante al arma blanca, auxiliados de unos perros de la casta maravillada por Alejandro, el vencedor de los persas. Uno solo bastaba para estrangular al león.

Adopté fácilmente sus costumbres. Se decían los preferidos del sol y los hombres más cercanos de donde nace.

He llegado hasta presidir la única ceremonia de su religión. Elevan al amanecer un coro de lamentos en memoria del hijo de la Aurora, sacrificado por Aquiles.

El Musulmán

La mezquita había venido al suelo durante el exterminio de los fieles.

Los piratas rubios habían mutilado sus torres y cubierto de estuco las letras decorativas en donde se leía el nombre del profeta. Se reían de la filigrana concebida y realizada por nuestros antepasados en una serie de siglos de entusiasmo.

Los muecines, humillando la frente en el polvo, anunciaron la nube de los neblíes sanguinarios.

Llegaron después de una travesía de seis meses, lucios y descortezados por el bochorno de los mares tórridos. El viento se dividía en silbidos al correr entre las velas lirantes. Los grumetes soplaban las sirenas, colgados ágilmente de los mástiles.

No nos atrevimos a combatirlos en el litoral, sino en un descampado fácil a nuestra caballería. Fuimos asesinados a mansalva. Nuestros héroes fiaban locamente en una lid vistosa, de aceros cruzados en combate singular. El fuego de los ingenios de hierro venció al denuedo franco y esteró el suelo con las víctimas y despojos de un simún.

Mi hermano mayor quedó entre los prisioneros y sufrió una suerte aciaga.

Los vencedores lo escogieron para blanco de sus pistolas. Su cadáver, colgado por los pies, se deshizo durante varios días en medio de una ronda de chacales crepusculares. El se había atrevido, a pesar de sus cadenas, con un jefe principal.

Yo visité a hurtadillas la mezquita de nuestra devoción, antes de ausentarme de mi suelo cautivo, y rescaté las reliquias de mi hermano, pagándolas al vencedor con el presente de unas armas antiguas y de una estofa suntuosa. La muselina, elástica y transparente, pasaba sin ajarse a través de un anillo.

Yo escogí para mi destierro el hogar de un pueblo hermano. Una planta voluble, presea de nuestras selvas, se teje en torno de un árbol seco y lo adorna con sus flores de escarlata. Yo la traje y la conservo en memoria de mi casa.

Pedí servicio en una flotilla de pescadores de perlas y recorro un golfo cristalino.

El Tósigo

La damisela ha salido a las ocasiones del siglo y presencia las diversiones después de oriarse en el retiro, cohibida por los dictámenes de una moral adusta, defendida por la hueste de servidores de un obispo linajudo. Los ojos y los cabellos negros esparcen una insidiosa hechicería.

La damisela comenta la farsa desempeñada en la sala del rumboso coliseo, y se abandona a los efectos enervantes de una música inventada por los artistas de una raza desventurada y nómade. La melodía, de formas imprecisas, despierta la imagen de una infelicidad quimérica.

Un extranjero, de sentimientos profanos, descubre el paleo de la damisela y sigue sus pasos. La acompaña hasta la portezuela de una carroza distinguida con las insignias del prelado, y desafía la protesta de una escolta de criados ceremoniosos.

El extranjero, de fe cismática y vida bacanal, se pierde en los garitos y holgorios hasta el momento de sentir un sueño tenaz.

Reposa largamente en su vivienda y se despierta bajo el resol de una mañana bermeja.

Prueba a levantarse de su lecho y repara en el comienzo de un mal inexorable al ejecutar, por vez primera, unos movimientos infieles de perlático.

El Cortesano

La princesa de China me decía aquella tarde los versos de un poeta de vida orgiástica. El había muerto, poco tiempo antes, cayendo desde una balsa a las aguas de un río navegable.

Los versos decantaban el reposo de un saurio entre los nenúfares de una ciénaga y esa misma escena decoraba el lienzo rojo de un biombo.

Yo había usurpado, con el fin de escucharla, una silla de marfil en donde acostumbraba acomodarse el consejero más docto y ceremonioso.

El papagayo de voz desapacible, posado en un aro de mimbre, eriza el pecho sonoro a la vista de una nube precipitada sobre el palacio de madera. Yo abominaba al pájaro importuno.

Anuncié desde la azotea el avance de un golpe de jinetes y la vibración de sus lanzas en el seno de una polvareda.

La princesa comenzó a farfullar, con el miedo impreso en la tez de nácar, y pudo contarme la maldad de aquellos vencedores y cómo abolían los ojos de sus víctimas, señalándolos al pico de unas grullas amaestradas.

No supe de la princesa en el curso del incendio provocado y agenciado por los jinetes. Resolvió sucumbir en la compañía de los suyos.

Los enemigos vociferaban, ebrios de un licor extraído del arroz, y yo me hurté a su vigilancia.

Me escondí en la pagoda vecina, respetada del saqueo, y adopté la vida y el hábito del bonzo. Yo sonrío al verme enfundado en mi vestido talar, de color amarillo y de mangas ampulosas. Permanezco subido en una meseta de mi templo, festonada de flores.

He conseguido sustraerme a la desconfianza de los jinetes y me insinúo con ellos.

Exploro alguna vez el asiento del palacio convertido en cenizas, de donde la princesa volvió al cielo, vivienda original de sus mayores.

He escogido, para mi devoción y recogimiento, cada uno de los sitios en donde reconstituyo su presencia y adivino el vestigio de su borceguí de plata.

La Conseja de los Alabarderos

El ministro del rey había acusado los fines egoistas del cardenal encenagado en los deleites. Se encaraban a cada momento, animados de un odio venenoso. Habían nacido en el seno de la misma familia dinástica. Sus criados habían reñido al pie de la torre de un presidio.

El cardenal, acostumbrado a la seducción, había insinuado un discurso indigno en la mente de la hija del ministro, bajo el secreto de la confesión. No prosperó en su maldad, sino salió desengañado y ofendido.

Escogió una segunda vía para la desgracia de su malqueriente y dirigió las pasiones del rey liviano en perjuicio de la mujer inflexible.

El ministro se dispone a la defensa del honor y padece en su persona y en sus bienes. No sobrevive, en la oscuridad del calabozo, al cercenamiento de las orejas y a la tonsura, afrentas legales de los falsarios.

La hija del ministro desfallece en manos de unas religiosas innobles. Oye la referencia de su infortunio en la serenata irrisoria de los parciales del clérigo. Se pierde en conjeturas y alucinaciones y descubre una junta de ratas cabriolantes en torno de la mariposa de luz. Danzan de espaldas y ensayan corcovos, a la manera de las brujas.

Las religiosas la persuaden a la inmovilidad y al abandono de su resistencia. Le anuncian el fallecimiento de su progenitor y le muestran la aguja empleada en coserle el sudario y destinada a unir las cortinas de su lecho de prisionera.

El Fenicio

Para salir al océano se necesitaba navegar, tres días continuos, el río apacible. Yo detenía mi barco, al cerrar la noche, bajo la custodia de un árbol egregio. La proa estaba defendida por la cabeza de un monstruo alado

Yo avizoraba sin descanso las riberas desiertas y no conseguía explicarme el abandono y la desidia de los pueblos circunvecinos.

Hacia el manantial del río apacible, muy dentro del continente, se alzaba el palacio de un rey ciego, en donde se dictaba una justicia inexorable.

Las víctimas bajaban, en esquifes azarosos, a perderse en la anchura del mar. Los naturales veían en las aguas salobres el abismo de donde salía la noche y su terror.

Recorrí aquellos parajes sin molestia alguna, y no alcancé a ver hombres ni fieras.

Nacía el sol cuando divisé, en medio del mar, la nave de mi salvamento, originaria del [illegible]

Pertenecía a unos comerciantes griegos, aventurados, hasta allí, en demanda del ámbar.

El Knut

La servidumbre secular inhibía, a través de las generaciones, el pensamiento de los campesinos.

Se dejaban zurrar sin oponer reparo ni protesta. Sus amos los trasquilaban a cruces y los multiplicaban uniéndolos en pares sin consultarles la voluntad.

Yo asistí a uno de esos matrimonios. Los campesinos y sus mujeres se habían embriagado con un alcohol virulento y danzaban cogidos de las manos al son de una música elemental. Muchos caían de bruces sobre el suelo desnudo, tartamudeando una canción. El señor no podía reprimir las carcajadas.

Consumían en vasijas de madera una harina glutinosa, de sabor ácido, y quedaban atragantados para el resto del día.

Trabajaban fielmente y con bastante desaliño y torpeza en cambio de un salario escatimado y descansaban sobre el césped de los parques. La policía interrumpía a cintarazos su sueño nocturno.

El primer frío del invierno bastaba para exterminar el enjambre de los desheredados. Salían hacinados en carretas para fuera de la ciudad donde se les incineraba sin esperar, alguna vez, su fallecimiento. El oficial del registro civil no se molestaba en llevar la cuenta de las defunciones. Los campesinos ignoraban si tenían un nombre y respondían a cualquier apodo.

El acaso de una lluvia me deparó el conocimiento de una doncella de esa muchedumbre. Me cautivaron su gesto de inerme y su blandura de linfática. Separaba por el medio de la frente sus cabellos de un color rubio desteñido. Se había refugiado en un soportal de mi casa.

Su hermano, un sujeto de complexión exhausta y barba rala y precoz, sobrevino a defenderla de mi alevosía.

Decidí vengarme de su resistencia aumentándoles el infortunio. Acudí al jefe de la guarnición, mi compañero en la vida bacanal, y lo persuadí al reclutamiento del joven.

Aquel militar, de origen aristocrático y educación selecta, había esparcido el renombre de severo en la disciplina y de insensible al sufrimiento ajeno. Se divertía imponiendo azotainas dilacerantes. Los soldados volvían éticos a sus hogares.

El joven recluta vino a ser contado entre los enemigos de un superior tiránico. El oficial había muerto de ingerir, con la sopa, fragmentos de vidrio.

Yo esforcé las sospechas dirigidas contra el desvalido y mejoré la defensa de sus compañeros.

Fue declarado autor del homicidio y sentenciado a la fustigación. Pasó a un suburbio, en donde los soldados le formaron calle y le descargaron sendos flagelos enérgicos. El recluta llevado a rastras, iba y venía, maniatado a un fusil armado de su bayoneta, por donde podía herirse en cualquier movimiento de esquivez.

Los gritos de la víctima helaron de espanto a los verdugos. El azote descubrió en breve tiempo el esqueleto.

La faena duraba cerca de una hora, cuando se interpuso el médico del regimiento para discernir el pulso y certificar la muerte.

La hermana del recluta, forzada a comparecer, se desmayó en el curso del suplicio.

El Sagitario

Subí la escalera de mármol negro en solicitud de mi flecha, disparada sin tino. La hallé clavada en la puerta de cedro, embellecida de dibujos simétricos.

Yo acostumbraba disparar el arco de plata, semejante al de Apolo, con el fin de interrogar a la fortuna. Yo estaba a punto de salir en un bajel de vela cuadrada y no fiaba sino en los de vela triangular. Había crecido satisfaciendo mis veleidades y caprichos.

Una mujer salió a espaldas de mí, se adelantó resueltamente a desprender la flecha trémula y me la alargó sin decir una palabra. Su presencia había impedido el acierto de mi disparo. Yo reconocí una de las enemigas de Orfeo.

Quedé prendado de aquella mujer imperiosa, ataviada con la piel de una pantera. Creí haberla visto a la cabeza de una procesión ensañada con las ofrendas tributadas al mausoleo del amante de Euridice. Su gesto de cólera desentonaba en la noche colmada.

Defendí una vez más las cenizas del maestro y espanté la turba de las mujeres encarnizadas, simulando, desde una arboleda, rugidos salvajes. Yo esperaba sufrir de un momento a otro el desquite de aquella estratagema.

La mujer subió conmigo dentro de la nave y llamó despóticamente a su servicio las fieras del mar, ocultas en los arrecifes. Los marinos se entendieron con la mirada y escogieron un rumbo nuevo. El sol trazó varias veces el arco de su carrera sobre el circuito de las aguas. Un ave desconocida volaba delante de nosotros.

Yo fuí abandonado a mis propios recursos en un litoral cenagoso, desde donde se veía, a breve distancia, un monumento consagrado a las furias.

Yo descubrí el nombre del sitio recordando una lamentación de Orestes.

El Malcasado

Yo era el senescal de la reina del festín. Habíamos constituido una sociedad jocunda y de breve existencia, recordando los estatutos de la república jovial establecida en el principio del Decamerón. Las cigarras fervientes molestaban, a veces, desde los olivos.

Donceles o, mejor dicho, damiseles vanos amaestraban en la danza los perros favoritos de las mujeres. Llorábamos de risa al contemplar el gesto de una grulla de instintos imitativos. Reproducíamos algunos momentos del genio extravagante de Aristófanes.

Cuando volví del campo a la ciudad, redimido de la petulancia faunesca, vinieron a mi encuentro los magnates de mi trato y compañía, mercaderes habituados a la riqueza hereditaria. Abandonaron un momento su actitud distinguida y el estrado en donde pregonaban su dignidad y me enunciaron una misma frase acompasada, en señal de condolencia. Mi noble señora había salido de este siglo.

Una mano desconocida había depositado, antes de mi deserción, una corona de flores lívidas en la mesa de su oratorio. Esa corona, ceñida a la frente de la muerta, bajó también al reino de las sombras. Encarecía el rostro lánguido y lo asemejaba al de una santa en el arte rutinario de un monje.

Montería

Yo me había fatigado corriendo tras de los carneros salvajes.

Hube de aliviar la sed en un pozo de agua salobre. Allí mismo quise restablecerme de una topetada. La sal había cristalizado en las orillas, en forma de nácar.

Los jóvenes de mi edad habían sido igualmente maltratados al perseguir aquellos animales irreductibles. Ninguno había sido victimado ni cogido en cepo. Se les asignaba una vida tenaz.

Oculté el daño recibido en el curso de la caza y no la referí a mis compañeros. Me recogí en mi cortijo al caer la tarde y quise envolverme en el humo de una hoguera de enebro. Yo gustaba singularmente de este leño perfumado y había juntado un haz de sus ramas al volver de la correría azarosa.

El aroma exhalado del fuego me inspiró una embriaguez dominante y desenvolvió en mi presencia una avenida de estatuas monumentales. Las cabezas estilizadas imitaban exactamente la testa de las fieras hurtadas a mi persecución.

Yo reconocí, desconcertado, un pasaje de Tebas, la ciudad de las cien puertas.

La Ciudad de las Puertas de Hierro

Yo rastreaba los dudosos vestigios de una fortaleza edificada, tres mil años antes, para dividir el suelo de dos continentes. Las torres se elevaban muy poco sobre las murallas, conforme la costumbre asiática. La antigüedad de aquella arquitectura se declaraba por la ausencia del arco.

El paso de Alejandro, el vencedor de los persas, había difundido en aquel país un rumor imperecedero.

Yo observé, desde un mirador de las ruinas, la disputa de Sergio y de Miguel, dos haraganes de origen ruso. Se les acusaba de haber asesinado y despojado a un caballero, cuando lo guiaban a través de un páramo. Se apropiaban las reses heridas por los cazadores del vecindario. Superaban la perfidia del judío y del armenio.

Miguel se retiró después de infligir a su adversario un golpe funesto y se encerró en la hostería donde yo me había alojado. Ninguna otra persona se había dado cuenta del caso.

El herido murió la noche de ese mismo día, profiriendo injurias y maldiciones. Miguel no podía, a tan larga distancia, conciliar el sueño y llamaba a voces los compañeros de alojamiento para salvarse de alucinaciones constantes. Yo contribuí a serenarlo y lo persuadí a esperar, sin temor, hasta la mañana.

Lo dejamos solo cuando empezaba a dormirse.

Volvimos a su presencia después de entrado el día. Lo encontramos ahogado por unas manos férreas, distintas de las suyas.

Rapsodia

Juno suelta, desde las alturas celestes, al hijo deforme, oprobio de la hermosura divina.

Las nieblas se apresuran al socorro del infante y lo deponen sobre la superficie elástica del océano, moderando el ímpetu de la caída.

El niño desciende en una carroza de nácar, aviada por las sirenas, a una vivienda aparente, fantasía de los artistas del abismo, situada al cabo de una vegetación de corales y madréporas. La vergonzante luz de las profundidades circula a través de los aposentos.

El infante concibe el amor de la belleza, probado más tarde en la forja y en la cinceladura de joyas resplandecientes, durante el trato con los seres hundidos, de forma caprichosa. Admira la medusa presumida y sus crines acumuladas debajo del disco de su quitasol aplicado.

Debe, asimismo, la índole risueña y las costumbres pacíficas, por donde se distingue de sus compañeros de inmortalidad, a la enseñanza de criaturas inermes. Oye el consejo de la anguila versátil, de la esponja sedentaria, del pez orbicular de fisonomía bufa.

El donaire de Vulcano tersa la faz contristada y mitiga la voz resonante de la tragedia.

Crónica

El rey escucha mal de su grado las reprensiones de un familiar exento de doblez y privilegiado por la ancianidad y por el amago de la muerte.

Las censuras proferidas en medio de la agonía alcanzan el valor de la amenaza. El anciano lamenta la sujeción del reino al mandamiento extranjero y su confiscación al agiotista lombardo. Los piratas, súbditos de un rey niño, exterminan las naves y pisan la bandera semejante, en la canción de los bardos, a un meteoro de la tormenta.

El anciano trata del descontento de los nobles, de su retiro maligno y de sus proyectos concertados a sovoz. Los aldeanos y los ciudadanos, ajenos de la holganza y demás ventajas acarreadas por el comercio, esperan en sus viles casas de madera el signo de la sedición. La riqueza persuade a la mansedumbre.

El rey adolece de la voluntad y sobrelleva la advertencia. Vuelve al palacio y se recoge en su cámara a criar pensamientos valerosos bajo la sugestión de un águila de bronce.

Mensajeros fieles acorren sucesivamente con la nueva de atroparse los sediciosos. Desconfían de la entereza del rey y lo miran vencido y sujeto al deshonor.

Los autores de la asonada entran la cámara despedazando puertas y ventanas con el esfuerzo del hombro y de la mano vestida de un guante de hierro. Imprimen sobre el piso de madera el pie soberbio, calzado de una espuela arisca, para secundar el desmán de la cara hirsuta y de la voz entonada. Se mesan en los momentos de enfado la barba espinosa. Ordenan el cautiverio del rey en un subterráneo, especie de mazmorra o de sumidero, y ejecutan en ese instante y de manera unánime el gesto bravo de ajustar la mano a la cintura.

El rey es viudo y cuenta un solo hijo. El ayo desleal se entretiene cortando esmeradamente con una tijera de cirujano los párpados del infante.

El nombre del rey se lee en una lámina de plomo adherida a un ataúd.

Alastor

El ejército de los atenienses había sufrido reveses deplorables en el ámbito de Siracusa y fué necesario el ordenamiento de la retirada. Las naves encargadas de facilitarla se habían perdido en una lid restablecida varias veces. Los supervivientes envidiábamos la felicidad de los sacrificados. Las hogueras consumían los muertos y sus vistosos arreos de milicia y marcaban el rumbo de nuestra jornada.

El ejército se movía lenta y difícilmente. Los heridos, abandonados en el suelo, rompieron en lamentos y se creyeron en manos del vencedor.

Mi compañero de tienda de campaña se incorporó de donde sucumbía y se colgó de mis hombros. Habíamos crecido juntos en la imitación de los héroes y convenido en socorrernos. Se espantaba de morir en medio de los ultrajes y mucho más de salvarse para el cautiverio.

Yo lo derribé delante de mi y le quité la vida con un dardo penetrado del veneno del acónito infernal y reservado para mí mismo en el caso de verme prisionero.

Le he inferido a ciegas el tiro mortal. He desviado el rostro y cubierto mis ojos con la mano siniestra.

La compasión ilimitada sirve escasamente para aliviar mi delito de haberle anticipado el día necesario. Describo sin tregua el suceso en donde principia mi inquietud.

Su alma no se alejó indignada.

El Clima del Nopal

El ermitaño cuenta los sucesos y prodigios del amor y se incorpora a la hueste de los personajes lacerados y sin remedio. Se confiesa autor de más de un rapto y sugiere, por medio de una elocución viva, el susto de la fuga a rienda suelta, bajo el alcance de las piedras y de los disparos.

Se finge dedicado a la memoria de Mercedes, constante en censurar sus mocedades y autora, una vez difunta, de su retiro del siglo y de su arrepentimiento y humildad.

Describe la estancia en donde pasó de esta vida y quedó yacente, sin auxilio ni compañía. Un soplo del norte rompía a cada paso los ventanales, arrojaba lejos el perfume de los sahumerios y extinguía, delante del crucifijo de marfil, un cirio de lumbre mustia.

Pasa a celebrar su propósito irrevocable de vivir penitente, desde esa hora, en el hueco del monte, en medio de una maleza parca y cenicienta.

El ermitaño da fin a su discurso y me sorprende con la mención de sus compañeros y el reproche de su tardanza. Los apellida por medio de un silbato de cobre.

Yo me vi amenazado, en breve espacio, por una rueda de fusiles asestados. No podía alzar mi voz sobre la greguería de los truhanes.

El capitán los persuadió a respetarme la vida y me sacó a salvo por caminos despeñados, sin dejar el hábito de monje, y contentándose con mi dinero y la promesa de navegar la vuelta de mi patria.

Disparaba su pistola sobre unas aves de rapiña juntadas, sobre mí, en revuelo furioso.

El Enviado

El bardo, agobiado por la [illegible], ofrecía a los humildes el calendario de los días faustos e infaustos, obra de su numen. Les enunciaba preceptos saludables para la vida y el oficio del navegante y del labrador. Prefería para su discurso, el sosiego vespertino, en los días señalados por el florecimiento del cardo.

El se decía vivo y activo en el curso de varias generaciones humanas y superior en edad a las encinas.

Estaba de más en la casa de los magnates. No había conseguido avenirlos, a pesar de su éxito con las fieras del monte.

El compadecía la situación mezquina de sus adeptos y los llevó tras de sí, para fundar un establecimiento pacífico, delante del cerco de piedras de una fuente.

Un relámpago anunciaba la salida fortuita del agua y el río se formaba a poco andar, fecundando una juncaleda.

El consiguió ordenar los estamentos de la ciudad, previniendo los motivos de la discordia. Conforme su enseñanza, una fuerza íntima junta y sostiene, en torno de un centro, los elementos de cada ser de fábrica natural y señalaba el caso de la estrella y sus puntas separadas. Diciendo de esta suerte, escrutaba en la mano un grano de arena del color de la perla.

El les enseñó la administración de la leche de los rebaños y el modo de fermentarla en cubos de madera.

Les impuso la observación de una política tolerante con los pueblos de la redonda y les permitió iniciar la guerra si caía fija en el suelo una de las tres saetas lanzadas en el sentido de la carrera del sol. Por este consejo vino a crecer su nación de victoria en victoria.

Desapareció para morir, atento siempre a esconder la pequeñez de su naturaleza de hombre, y se alejó subiendo una colina desmoronada, en la compañía de un oso gris.

Los Celos del Fantasma

Yo contaba apenas veinte años cuando terminé los estudios en una antigua universidad. He adoptado la solemnidad de sus claustros.

Volví al pueblo de mi nacimiento, situado en medio de una vegetación lozana, en un distrito inundado.

Me enamoré súbitamente de una joven cándida, de epidermis suave.

La descubrí sentada en un banco de piedra, debajo de las hojas flácidas de un árbol azotado por la llovizna. Había llegado furtivamente, arropada en los jirones de la niebla.

Desapareció de mi lado al llegar la primavera. Dudo si murió por causa de los morbos insidiosos de la región palustre o si era tan sólo un fantasma aéreo.

Deseoso de morir, he salido de mi isla nebulosa en busca del peligro. Sufrí la uniformidad del mar a la sombra de las velas arrogantes. He visto sin pasión ni interés la alegría de los puertos meridionales. Quería asistir al duelo de naciones irreconciliables, trabado desde siglos entre las ruinas de una civilización augusta.

Me he juntado al ejército más ufano. He visto el signo bizantino del creciente en el lienzo rojo de los pabellones y en el turbante de los guerreros fatalistas.

Un bajá despótico regía aquella muchedumbre. Llevaba consigo las mujeres de su harem, sujetas a una vigilancia perpetua. Una de ellas acompañaba al son de la guzla un canto monótono. Habría contentado mi sentimiento por la joven cándida.

Determiné raptarla en el tumulto de la primera función de armas y refugiarla muy lejos de su tirano, en mi isla nebulosa. Su afecto me habría sanado de la antigua pasión fantástica.

Presencié el desastre del ejército en la primera batalla. Los oficiales enemigos aparecían gallardamente del seno de una nube de humo.

Visitaba los sitios de mayor peligro con las manos en los bolsillos, disimulando mi interés.

Me dirigí, montado a caballo, donde me esperaba la mujer. Había convenido en salvarse conmigo al llegar la crisis de la derrota.

Los vencidos habían desesperado de poner en salvo las cautivas. Yo las vi moribundas, revolcadas en su propia sangre, heridas de un balazo en la sien.

La Acedía del Claustro

Me visita el recuerdo de los seres malogrados en medio de sus méritos para un destino más liberal. Reverencio la veste de azafrán de Ifigenia, en donde se descubren los dedos esforzados del sacrificador.

Beatriz se viste de un tinte sangriento al aparecer, la vez primera, en presencia de Dante y se envuelve en el trasunto de una llama vehemente al asistirlo en la escala sideral del Paraíso. El poeta florentino ha escogido, en uno y otro momento, los colores devotos del martirio, sugiriendo los días pasajeros de la heroina.

Conservo la memoria de un ser infeliz, de una joven agostada por la tiranía de sus deudos presuntuosos. El orgullo del linaje los había persuadido a separarla del siglo, en donde la esperaba un doncel valiente.

El juicio de la cautiva se había desvanecido en la austeridad monótona del convento. Huía a menudo del encierro y se asomaba a un balcón, a disfrutar una vista libre.

Yo recorría una iglesia resplandeciente en el momento de prevenirse la fiesta principal de la diócesis. Yo vi la joven arrodillada en el suelo de pórfiro y delante de un altar de plata.

Me tomó de la mano para indicarme la imagen de su galán. Me señaló en un mosaico la efigie de un rey vestido de dalmática y prosternado a los pies de la cruz.

Bajo el Velamen de Púrpura

Yo había pasado la mitad de la noche a la vista de las frías constelaciones y vine a recogerme y a dormir en una sopeña, a la manera de Orfeo.

Hallaba menos al joven compañero de mis fatigas. El era hijo de un rey precipitado de su trono y había llegado hasta mí después de recorrer climas distintos.

Me apareció en sueños y me refirió su muerte a manos de unos cabreros insensibles. Su cuerpo había sido abandonado en un desierto de piedras. Allí reptaban pesadamente unos vestigios nacidos del océano.

Gimió inconsolable hasta el momento de tenderle mi diestra, en seguridad de mi culto por su memoria. El temía especialmente a un sepulturero de la vecindad, encarnizado en romper la cabeza de los difuntos. Se retiró en paz, prometiéndome su inmediato retorno al originario torbellino del sol.

Yo entregué al fuego su cadáver en la mañana del día siguiente.

Guardo sus cenizas en una urna de ciprés incorruptible, para sumarlas a las de mí mismo el día supremo y esa urna es el único tesoro ganado por mí en este viaje involuntario.

El Cristiano

Yo lo veía diariamente sentado a la puerta de su choza y con la cabeza entre las manos, hundido en una reflexión intensa. Se mostraba en aquella actitud cerca de la noche, cuando el cielo igual de la región se alteraba ligeramente con delgados celajes de ámbar y violeta.

El había perdido los años más fértiles de la vida en el sufrimiento del presidio, por efecto de una acusación injusta. Su honestidad se había conservado intacta y lo había redimido al principio de la vejez. Los superiores le habían permitido edificar su vivienda en un descampado. El se había insinuado en la amistad de sus compañeros y había suavizado la ley de su destino, esclareciéndoles las promesas del Evangelio.

Yo lo visitaba con frecuencia y lo seguía en sus peregrinaciones hasta la orilla del océano de las ballenas y de los témpanos. Había sustituido con un nombre fingido el verdadero y se justificaba alegando su humildad y el propósito de semejarse a la ola fundida en el mar.

El me enseñó la caridad con los animales. Antes de su muerte, me encontró digno de proteger sus dos amigos más probados. Yo trasladé para mi casa, sobre mis hombros, el ajuar de la suya y eché por delante un zorro azul del polo y una liebre sedosa.

El Hallazgo

Los marinos me habían acostado en el ataúd de sicomoro, habilitándome para el sueño subterráneo. Se ausentaron después de ensayar conmigo una planta de cebolla, de olor nauseabundo. Me dieron a beber el zumo de sus hojas velludas y de su raíz, del grueso de un dedo. Se pagaba del suelo secano y sus flores apacentaban la voracidad de un enjambre de sabandijas de coselete doble, abastecidas con el aparejo de un verdugo.

El dolor de cabeza y un ligero frenesí me asaltaron después del cesamiento del sopor. No vi sino imágenes de espanto y de crueldad. Un pájaro se ensañaba con su hijo.

He roto sin darme cuenta la cifra de un pensamiento inexpresable, dibujado en la frente de un monolito, y miré alzarse delante de mí una serie de estatuas indignadas, de ojos de esmalte.

He desechado, recelando una perfidia, la nave suelta en el vecino río de lodo, en medio de una selva marchita.

Esforcé el paso en demanda de un monte sereno, en donde nacieron y posaron la planta fugitiva, una vez proscritos, los númenes alegres del paraje.

Descubrí una lápida adherida a un sitio inaccesible de la cuesta, y la alcancé a rastras y jadeando. Mostraba, a manera de señal, una figura humana terminada en el pico de un ave rapaz. Cedió fácilmente al empuje de mis manos y dejó ver un aposento húmedo y fosforescente.

He escondido de los compañeros infieles el secreto de mi riqueza inagotable.

Bajo la Advocación de Saturno

Yo recuerdo la aldea de mi nacimiento. En sus colinas áridas agonizaba la retama de Leopardi. El soplo del páramo irritaba el hambre del lobo de boca ensangrentada, entumecía las manos e infiltraba un sueño pérfido, imagen y preludio de la muerte.

El lobo perseguía unas aves alharaquientas, de ojo redondo y pico de marfil. Sentía la crisis de la atmósfera y el cambio de la estación y cegaba de cólera en presencia de una luna desenterrada. Yo contraje, mirándolo, el hábito del mordisco sañudo.

Yo leía sin orden ni concierto, en mi cabaña de tierra, sumido en la penuria del lugar nativo. Las nubes pendían del cielo torvo, ocultaban la carrera del tiempo, igualando el día y la noche, y ahogaban la voz de la hora del sueño.

Un caballero se internó en mi suelo yermo y no acertaba con el camino del regreso. Yo le vestí una pelliza, regalo de un cazador de osos, y lo salvé de perecer de frío. Su gratitud me convirtió, dos años después, en estudiante de una escuela de cirujanos.

Los compañeros me burlaban de un modo festivo, y provocaban mis opiniones y sentencias para aplaudirlas con aspaviento irónico. Me desviaron de consumar los estudios y de alcanzar la licencia, acusándome, tuertos de envidia, de efectuar la vivisección en los enfermos. Los dignatarios de la universidad publicaron, al expulsarme, los motivos de su enojo, confiriéndome una fama azarosa.

Yo me refugié en un distrito mezquino, cercano de mi solar, en donde se criaba una gente acerba. La serranía de torrentes agotados cargaba el peso del cielo horizontal. Un vestigio de ocre alumbraba los pastores macilentos en su tarea de agenciar una hueste de cabras.

Vivía penosamente de la práctica ilegal de mi profesión. Ocupaba un edificio aislado y macizo, de un color de herrumbre, anegado en el de la tierra. La araña geómetra suspendía impunemente su tapiz.

Yo me enamoré de una virgen sincera, preocupada de las criaturas inermes, afines de su temperamento. La veste cándida y el atavío de flores de su frente insinuaban la figura de una víctima. Yo la sustraje de la casa de sus padres. Se arrepintió de haberme seguido y sucumbió al darme el tercer hijo.

Yo pensaba en la reforma de mi oficio, sin escrúpulo del exterminio de los clientes, y vine a zozobrar en la miseria y en el vilipendio. Intentaba salvar, por medio de un tratamiento quirúrgico, la respiración de los afectados de angina. Lo ensayé, sin motivo de enfermedad, en mis dos hijos mayores y los dejé sin voz. Gemían sin consuelo, poniéndome en el caso de fustigarlos.

Recuerdo el último de mis intentos estériles, cuando infligí un corte en la garganta de mi otro hijo. Estaba de crianza y no se sostenía sobre sus pies. Guardó su feliz sonrisa hasta el momento del sacrificio.

Los vecinos acudieron a mi duelo, rodeándome compasivos. Se olvidaban de sí mismos y de sus razones para acusarme. Yo los había mutilado o herido mortalmente. Se maravillaron de mi perplejidad e indiferencia.

Yo concebía en aquel momento el proyecto decisivo de mi ruina. Compaginaba las notas de mi experiencia y las lucubraciones de mi ingenio para dirigirme a un cuerpo de médicos de la ciudad vecina. Yo los asedié con instancias y amenazas y los persuadí a escucharme en sesión solemne.

Comparecí vestido de gala y desmelenado y con los pies desnudos. Subí a un estrado y espanté las señoras con mi lenguaje procaz y altanero. Esforzaba y bajaba alternativamente la voz, reduciéndola a un murmullo.

Los gendarmes fueron invitados a la supresión del desorden. Yo les amoralé el rostro a golpes. Me trajeron hasta aquí, en medio de una muchedumbre, con las manos atadas a la espalda.

Encerrado en una gavia y sentado sobre el arca de mis viejos libros de cirujano, refiero a los visitantes la malignidad de mis colegas.

El Lince

Me había pagado en monedas falsas el precio de mi casa, dejándome en la descalcez y a la intemperie.

Volví a ganar la vida en una tarea lastimosa. Debía permanecer diez horas del día en los arrozales, hundido en el lodo tenaz. El sombrero en figura de parasol me defendía escasamente del cielo veraniego. Por allí mismo corría el viento de los tifones, suficiente para torcer los árboles y sacar a tierra las naves de los europeos, animadas y tiznadas por un fuego de carbón.

Denuncié mi caso a los magistrados de la provincia. Desesperaban de reprimir los fulleros y ladrones. Habían agotado la imaginación en el invento de suplicios terribles. Cercenaban gradualmente la persona del reo hasta reducirla a un torso o le estrechaban el cuello en un cepo de madera. Cualquier movimiento podía separar la cabeza de la víctima.

Resolví dejar mi tarea de labriego y seguir la pista del autor de mi desdicha. Los magistrados me alentaban pagándome un salario modesto.

Pasé en una balsa a la isla de Hong-Kong, asiento del pirata inglés y refugio de los salteadores del continente. Los agentes de policía, ajenos del carácter y del idioma del país, sufrían burlas y gatadas.

Me ocupé de dirigirlos en la muchedumbre y confusión de los garitos. Visité los fumaderos de opio y apliqué sendos moquetes a los viciosos de rostro enajenado y consumido.

Una cortesana me puso en el camino del hallazgo. Me abordó risueña y pizpireta, correteando y riendo. La faz de porcelana se iluminaba de risa y la cabellera imitaba la forma de un pájaro con las alas abiertas. Algunos pilletes quemaban petardos delante de su casa.

Me dió las señas de un garito subterráneo. Preceptos de moral, estampados en gallardetes y banderolas, negaban el carácter del sitio. Los negociantes más ricos de la isla aventuraban su fortuna a la luz limorata de un fanal de papel. El autor de mi desgracia servía de banquero y de cambista. Un ropaje faldulario, de color amarillo, acentuaba sus ademanes pacíficos de obeso.

Lo entregué en manos de los gendarmes británicos y conseguí su restitución a los magistrados de mi provincia.

Yo fui invitado, en premio de mis servicios, a escoger la manera de ajusticiarlo.

Quedó de rodillas y con la frente sobre una loza.

Un elefante, montado por mí, le oprimió y quebrantó la cabeza con uno de sus pies delanteros.

El Escolar

La sonámbula sufría de la perfidia de un amante. Había enfermado de considerar una aspiración remota.

Merecía el nombre de visionaria y de profetisa y pasaba la mitad del día arrodillada delante de una imagen de arcilla negra. Le tributaba siempre el exvoto de una flor cantada en las hipérboles de la Biblia y conservada por muchas generaciones devotas. La flor exhausta recuperaba su perfume bajo el rocío del agua bendita. Había adornado el peto de un cruzado.

La sonámbula me predijo el éxito de mis intentos y me inspiró la voluntad de aplicarme al juego de manera más vehemente. Salía vencedor de los garitos en medio del asombro y de la envidia de los perdularios. Malograron su tiempo ordenándome asechanzas e invitándome a fiestas campestres. Me rodeaban solapados y famélicos.

La sonámbula me separó de usar los consejos de un médico en la crisis de una fiebre inopinada. Me salvó de recibir los gérmenes de una enfermedad desaseada y frustró una vez más el despecho de los perdidosos.

Yo la recibí en mi compañía y la llevé a respirar las auras del mar de Sicilia, de donde vino el restablecimiento de su hermosura.

Mis enemigos nos dispararon por última vez sus arcabuces desde unas ruinas.

Yo había dejado mis lares nativos con el propósito de reconstituir un momento deplorable de la antigüedad bajo la sombra de Tucidides.

El Desahucio

La cortesana había arribado de Londres y se había revestido con sus nieblas. Se encontraba sola y enferma.

Yo me apresuré a defenderla de la incertidumbre y la recibí en mi estancia desprevenida. Subió la escalera apoyándose en mi hombro.

Alboroté el fuego para restablecerla del pasmo del frío. El gozo de la llama tiñó de rojo las cortinas de terciopelo, residuo de mi fortuna salvado de las garfas de los acreedores.

Venía de la isla de las praderas, quejándose de la avilantez de los gendarmes y sollozaba amargamente al declarar la ruina de su salud y de su prestigio.

Se acomodó en la cama de palisandro, enriquecida de placas de bronce e incrustrada de plata, conforme el estilo de Pompeya, y se perdió entre las sábanas abandonándose a merced de sus morbos. No podía resistir la muchedumbre de sus redolores.

Yo consumí en sus exequias el resto de mis bienes y la incineré con los muebles artísticos, arriesgando la última partida con el desgaire de un Sardanápalo.

No pude pagar el alquiler de la vivienda y me arrojé a la calle en demanda de los peligros de la intemperie.

La Casta de los Centauros

La mujer provinciana, de grave y primeriza juventud, refiere las aventuras y peligros del llano, donde nació y se crió. Los cabellos negros acentúan el rostro pálido y demandan una corona de flores narcóticas.

Sugiere, vestida de blanco, la imagen de un clima tórrido y el refrigerio de sus palmas. Su mano se ha posado sobre la frente de una esfinge y ha registrado pergaminos venerables en el asilo de un santuario, bajo el destello de una lámpara de alabastro.

Su voz ha cantado un aria nostálgica en donde un río deletéreo se funde con el mar, y unas aves azules trinan sin alivio ni refugio sobre las riberas de sauces.

La doncella requiere una escena imaginaria. La favorita diseña en el patio de las canciones y de las fiestas musicales, cerca de una fuente custodiada por las efigies de bronce de los leones insurrectos, e insiste en los tesoros guardados por los grifos, más allá de la esquivez de los arenales, donde viven y penan los eremitas centenarios; y una esclava etiope interrumpe el cuento para celebrar el aire delicioso, lleno del aroma de los mirtos.

La doncella refiere los azares del llano, los lances de su equitación a la luz de un crepúsculo interminable. Su figura, sobre el caballo de galope resuelto, debiera esculpirse en el frontón de un templo gentilicio.

El Lapidario

El sentimiento del ritmo dirigía los actos y los discursos de la mujer. Dante habría señalado el valor de las cifras mágicas al criticar la fecha de su nacimiento y la de su muerte.

Volvieron sus cenizas del destierro en un país secular. El amor deshojaba, desde la nave taciturna, un ramo de azucenas en el mar de las olas fúnebres.

Yo divisaba desde una altura el arribo de sus reliquias y la escolta de los dolientes y me retraje de incorporarme al duelo.

He dibujado a golpes de cincel un signo secreto en la frente de una piedra volcánica, respetada en medio de la erosión del litoral y vecina del puerto del regreso.

El signo comprende mi nombre y el de la muerta y ha sido esculpido con la exquisitez de una letra historiada. Lo he inventado para despertar en los venideros, porfiados en calar el sentido, un ansia inefable y un descontento sin remedio.

El Viaje en Trineo

El cobre y la plata yacían sepultados en una zona estéril, en donde los vegetales alcanzaban una arborescencia mezquina. El abedul enano y el líquen no conseguían alegrar la vista.

Un río continental permanecía más de la mitad del año paralizado por los hielos. Algunos barcos informes, de arte rudimentario, se deshacían en medio del clima estricto. Los autores de su fábrica juntaban las piezas por medio de sogas de cáñamo, sin el auxilio del hierro. Aquellos barcos navegaban pesadamente balanzando sus tres mástiles en el aire lívido.

Hombres apáticos, vestidos de piel de reno, moraban en la desembocadura del río. Unas aves de pico sórdido despedazaban en su presencia el cadáver de una ballena polar.

Aquellos hombres desaseados morían de roña y de escorbuto. No acostumbraban el uso de la sal y consumían el pescado sin despojarlo de sus vísceras.

Yo había arribado a aquel paraje cumpliendo un encargo del gobierno británico. Debía espiar la actividad de los agentes moscovitas, obstinados en nuestra pérdida. Había adoptado laboriosamente las costumbres y el lenguaje de aquellas naciones incultas y nadie me habría distinguido entre los mongoles de tez de azafrán.

Advertí inmediatamente la ineptitud de nuestros enemigos. No habían descubierto el modo de aplicar a la industria del armamento los metales atesorados en el suelo.

Algunos jinetes del Cáucaso habían penetrado en el territorio de una tribu desprevenida e inocente, sujeta a la autoridad incierta del emperador de China y desidiosa en pagarle el tributo de cuarenta pellizas de zorro blanco. Se decía devota de los espíritus infernales refugiados en una montaña de arena.

Yo persuadí la tribu en contra de los invasores prodigando el dinero y el aguardiente. Junté una muchedumbre armada de picas y bastones y la conduje al asalto de un pequeño reducto de madera en donde se guarecía el enemigo. El zar descuidó el agravio inferido a sus servidores y los incorporó a su guardia de honor.

Procuré aumentar mis conocimientos en ciencias naturales cuando me convencí de la incapacidad de nuestros émulos en el dominio del Asia. Me encaminé a un sitio famoso por el hallazgo de animales prediluvianos. Trabé en esa ocasión alguna amistad con un naturalista ruso, nacido en el litoral del Báltico y educado en Riga.

Juntaba a su preparación universitaria la credulidad y la superstición de un pope. Se embriagaba copiosamente para festejar el domingo y rodaba por el suelo dejando oír un hipo fatigante. Ingería habitualmente un pan negro, ácido, aromatizado de anís y de comino y salpicado de una salsa cáustica.

Se dió cuenta, no obstante, de la razón de mi viaje por aquel desierto y podía frustrar mi labor esforzada.

Había despertado mis celos previniéndome en el descubrimiento de una nueva casta de cedros de Siberia.

Conseguí envenenarlo en el curso de su embriaguez, dándole a comer de la carne de un mamut fósil.

El Alumno de Tersites

Yo me había internado en la selva de las sombras sedantes, en donde se holgaba, según la tradición, el dios ecuestre del crepúsculo. Era un sagitario retirado del mundo y sustraído a la alegría y recibió por ello el castigo de una muerte anticipada. El numen de la luz le guardó un duelo continuo y le encomendó la hora ambigua del día.

Su amada había recibido la merced de la inmortalidad y recorría las veredas y atravesaba la espesura del monte, en donde reinaba perpetuamente la misma hora, a la vista de los cerrajes cárdenos.

Un pensamiento supremo la había enmudecido.

El matorral componía una alfombra delante de sus pies y los árboles, soñando con el mediodía rutilante, arrojaban sobre su cabeza una lluvia de flores martirizadas.

Yo me había internado en la soledad silvestre, llevando de compañero al bufón desterrado de la corte. Decía sus gracejos en forma de argumento, parodiando risueñamente a los escolares y doctores. Shakespeare lo mienta en uno de sus dramas. Había incurrido, por imprudente, en el enojo de un rey venerable y de sus hijas.

El bufón dirigió la palabra, en son de festividad, a la mujer del bosque entredicho, elevada al mismo privilegio de las personas divinas, de hollar la tierra con pies desnudos e ilesos.

El bosque embelesado se mudó repentinamente en un cantizal y el flajelo del relámpago azotó las higueras condenadas a la esterilidad.

Tácita, la Musa Décima

La hermosa hablaba de la incertidumbre de su porvenir. Había llegado a la edad de marchitarse y sentía la amenaza del tiempo y de la soledad. Los hombres no se habían ocupado de sus méritos y temían su inteligencia alerta.

El discurso de la mujer hería y agotaba mi sensibilidad. Su suerte me inspiraba ideas desesperadas acerca de la vida. Aquel ser sufría de su misma perfección.

Yo la he separado cruelmente de mi presencia. Podía interrumpir mi fuga clandestina, a través de la orgía del mundo, hacia el abrazo letárgico de la muerte. Yo divisaba una lontananza más sedante al imaginar la anulación de mis reliquias en el seno del planeta cegado por la nieve, desde el momento de extinguirse la energía milenaria del sol, conforme el pronóstico de un vidente de la astronomía.

Mis días desabridos anticipan el sueño indiferente de la eternidad.

La autora de mi inquietud se acerca afectuosamente al féretro en donde yazgo antes de morir. Su lámpara de ónix, depositada en el suelo, arroja un suave resplandor y su abnegación se pinta en el acto de sellar con el índice los labios herméticos, para mandamiento del silencio.

BIBLIOTECA NACIONAL - CARACAS
Reg
Clas.

Carnaval

Una mujer de facciones imperfectas y de gesto apacible obsede mi pensamiento. Un pintor setentrional la habría situado en el curso de una escena familiar, para distraerse de su genio melancólico, asediado por figuras macabras.

Yo había llegado a la sala de la fiesta en compañía de amigos turbulentos, resueltos a desvanecer la sombra de mi tedio. Veníamos de un lance, donde ellos habían arriesgado la vida por [illegible].

Los enemigos travestidos nos rodearon súbitamente, después de cortarnos las avenidas. Admiramos el asalto bravo y obstinado, el puño firme de los espadachines. Multiplicaban, sin decir palabra, sus golpes mortales, evitando declararse por la voz. Se alejaron, rotos y mohinos, dejando el reguero de su sangre en la nieve del suelo.

Mis amigos, seducidos por el bullicio de la fiesta, me dejaron acostado sobre un diván. Pretendieron alentar mis fuerzas por medio de una poción estimulante. Ingerí una bebida malsana, un licor salobre y de verdes reflejos, el sedimento mismo de un mar gemebundo, frecuentado por los albatros.

Ellos se perdieron en el giro del baile.

Yo divisaba la misma figura de este momento. Sufría la pesadumbre del artista setentrional y notaba la presencia de la mujer de facciones imperfectas y de gesto apacible en una tregua de la danza de los muertos.

INDICE

PÁG.

El Cómplice 27
[illegible] .. .. [illegible]
El Desagravio 30
El Extravío .. .. [illegible]
El Convite 32
El Ídolo .. .. [illegible]
El Retrato 34
Los Gallos de la Noche de Elsinor 35
El Desesperado 36
Mecenas 37
El Alivio 38
Reloj de Príncipes 39
La Bruja 40
El Sopor 42
Ancestral 43
El Asedio 45
La Heroína 46
El Riesgo 47
El Hidalgo 48
Cenit 49
El Remordimiento 50
La Verdad 51
El Presidiario 52
La Sombra de la Hija del Faraón 54
Merry England 55
La Ilusión 56
El Ciego 58
La Espía 59
El Sacrificador 60
El Impío 61
Las Mensajeras del Alba 62
El Sino 63

PÁG.

El Adolescente 64
La Deriva 65
Windsor 66
La Guerra 67
Nocturno 68
Parodia 69
Bajo el Ascendiente de Shakespeare 70
La Huérfana 72
El Rajá 73
Mar Latino 75
Sutileza 76
Lay 77
La Suspirante 78
La Vuelta de Ulises 79
El Acontecido 81
Semiramis 83
El Viaje 84
La Alborada 85
Rúnica 87
El Festín de los Buitres 88
El Desvarío de Calipso 89
El Entierro 90
Los Suplicantes 92
La Caza 93
Divagación 94
La Ensenada 96
Dionisiana 97
Crepúsculo 98
El Reino de los Cabiros 99
El Paseo 100
Ofir 101
La Vigilia del Campamento 103

PÁG.

El Protervo 104
Hesperia 106
El Sigilado 107
La Quimera 108
El Justiciero 109
Saudade 111
La Campaña 112
El Secreto del Nilo 114
La Sirte 115
La Ráfaga 116
El Venturoso 117
El Musulmán 118
El Tósigo 120
El Cortesano 121
La Conseja de los Alabarderos 123
El Fenicio.. 124
El Knut 125
El Sagitario 128
El Malcasado 130
Montería 131
La Ciudad de las Puertas de Hierro 132
Rapsodia 133
Crónica 134
Alastor 136
El Clima del Nopal 137
El Enviado 138
Los Celos del Fantasma 140
La Acedia del Claustro 142
Bajo el Velamen de Púrpura 143
El Cristiano 144
El Hallazgo 145
Bajo la Advocación de Saturno 146

PÁG.

El Lince 149
El Escolar 151
El Desahucio 152
La Casta de los Centauros 153
El Lapidario 154
El Viaje en Trineo 155
El Alumno de Tersites 157
Tácita, la Musa Décima 158
Carnaval 159